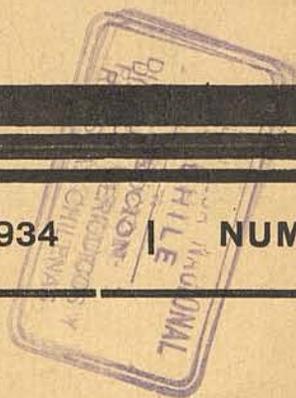


ESTUDIOS

AÑO II | FEBRERO DE 1934 | NUM. 15



EL ULTIMO DEBATE SOBRE LA EDUCACION

FISCAL.—Editorial	1
LAS DOS VERDADES, por el Dr. Carlos Charlín	3
EL CATOLICISMO Y LA CRISIS MUNDIAL, por R. P. Coulet	15
DE TODO EL MUNDO	19
JESUS Y LA VIDA, por Karl Adam	23
REFLEXIONES EN EL CENTENARIO DE LA REDENCION, por Carlos Silva Vildósola	28
WELLS Y SU PREHISTORIA.—Una historia no- velesca	36
NOTAS BIBLIOGRAFICAS	40

“ESTUDIOS”

REVISTA MENSUAL

Fundada por el Centro de Estudios Religiosos

OFICINA: AHUMADA 360
CASILLA 2081 - TELEF. 88573
SANTIAGO

SUSCRIPCION:

UN AÑO.....	\$	18.00
NUMERO SUELTO.....	„	1.60

LEA UD.

“*El Cristiano hombre de Acción*“, por A. Mahaut.

“*La Doctrina Social de la Iglesia*“, por P. G. C. Kuttén.

“*Boletín de la Academia Chilena de la Historia*“

“*La Constitución de 1833*“, por Antonio Huneeus.

EN VENTA EN LA

Librería Cultura Católica

Delicias 1626

—

SANTIAGO

ESTUDIOS

PUBLICACION FUNDADA POR EL
CENTRO DE ESTUDIOS RELIGIOSOS

Secretario de Redacción: JAIME EYZAGUIRRE
CASILLA 2081 - SANTIAGO DE CHILE

Año II

Febrero de 1934

Núm. 15

El último debate sobre la Educación Fiscal

En ambas Cámaras y en la prensa se ha discutido extensamente en el mes último acerca de los rumbos educacionales de la enseñanza fiscal. Voces autorizadas y de sana intención han señalado hechos que revelan que una parte considerable del profesorado abriga ideas anárquicas que propaga con éxito entre sus alumnos; se han citado aún algunos casos aislados de relajación de la moralidad y se ha lamentado que la escasa doctrina que se inculca en los colegios del Estado sobre Religión y moralidad cristiana sea muchas veces desvirtuada en las cátedras de historia y en otros ramos.

Al contestar estas ecuánimes observaciones, el Ministro ha dicho que, en lo que respecta a la propaganda comunista, "esas deficiencias no son imputables al actual Gobierno, sino a una desorganización de carácter general fruto de los gobiernos de dictaduras", lo que no es del todo exacto pues data de más antiguo y aún vive latente. Luego ha acudido a los labios y a la pluma de los defensores a outrance de la actual educación fiscal la idea de señalar, como un contra ataque, algunas fallas de los colegios particulares congregacionistas, que no estaban en discusión, olvidando con ello que estos no son un rival sino un cooperador ventajoso, como en todos los países del universo, de la inmensa tarea de la educación de la juventud.

Nada más tendríamos que decir si este largo debate, que no gira al rededor de ningún proyecto concreto de reforma, nos dejara como única resultante la vieja observación de que este servicio público de la enseñanza fiscal, costeadada por todos los contribuyentes y cuyo perfeccionamiento interesa a todos los ciudadanos por igual, no marcha aún en forma que satisfaga a la mayoría de las opiniones nacionales como marchan todos los demás servicios públicos, sino a gusto exclusivo de una minoría ideológica determinada y prácticamente enemiga de la religión.

Pero las declaraciones con que terminó el Sr. Ministro de Educación, su discurso en el Senado, nos imponen el doloroso deber de denunciarlas como un directo estímulo dado a la enseñanza irreligiosa desde su alto puesto.

En contestación a la aseveración del senador Errázuriz de que "no se educa impunemente sin Dios, ni se prescinde impunemente de la moral cristiana", el Ministro Durán dijo que no podía resistir al deseo de leer, al respecto, las opiniones de un escritor contemporáneo, a quien él llamó "espíritu eminente" y "talento mundial", el cual asegura que mediante la crítica histórica y el actual progreso científico del universo "la fe ha desaparecido primero y la castidad, su compañera, en seguida".

Casi una columna de prensa emplea la transcripción detenida de esta opinión tan absurda y tan en contradicción con la realidad y a la cual parece el Ministro adherir. Prodigó en efecto a su autor nuevos epítetos, llamándolo "ilustre pensador" y transcribió su afirmación de que hace ya medio siglo que concluyó el temor religioso por lo desconocido, y que es anticuada aquella moral cristiana que daba importancia a las prácticas religiosas y a la limitación de la vida sexual y al **tu debes** y al **tu no debes** hacer esto "de la vieja teología abandonada". Y más adelante el autor citado en esa alta tribuna agrega: "Hemos borrado la palabra **fé**... Hemos reemplazado la palabra castidad por las palabras **salud e higiene**. Ya pasó la época, para ese pretendido pensador ilustre, en que era necesario "el permiso de un ministro religioso o de un empleado debidamente autorizado para reconocer como casto el acto de amor".

No creemos que el Señor Durán, al citar con tales elogios estas inconcebibles ideas, las haga suyas en todas sus partes; talvez su propósito, al contraponerlas a las cristianas declaraciones del senador Errázuriz, fué de darles una aquiescencia general y vaga; pero en todo caso es doloroso constatar que es esta la primera vez en nuestros anales parlamentarios que un Ministro de Instrucción, y ha habido muchos de ideas radicales, la primera vez en que un Ministro honra así opiniones ajenas que son una ofensa a la conciencia religiosa del país, opiniones que son un rancio absurdo filosófico y social y que la situación del mundo contemporáneo desmiente categóricamente.

El autor nos describe los novelescos funerales de la fé religiosa en el universo y entre tanto ¿qué es lo que vemos con nuestros ojos en las principales naciones de origen cristiano?

Los gobernantes de Italia y Alemania, que no son católicos, consideran a las Iglesias como su mejor aliado para la paz y el orden; el pueblo de España acaba de derribar en las urnas a los perseguidores de la Religión y un viejo radical ha organizado un ministerio de respeto a la fé cristiana; la sociedad y los gobernantes de Inglaterra siguen invocando públicamente los favores de la divina Providencia; Francia convulsionada pide la cooperación de los católicos como una defensa contra el comunismo ateo; Austria, Bélgica, Irlanda, Perú y tantas otras naciones tienen gobernantes que hacen gala de sus católicas creencias y el Presidente de Estados Unidos declaraba hace pocos meses en un discurso, con el aplauso de sus conciudadanos, que la Religión es la **guía suprema de los individuos y de las naciones**.

Y no es esta la única vez que el jefe de esta gran nación ha hecho iguales declaraciones. Oigamos las últimas palabras del Presidente Roosevelt: "El Gobierno cree que la religión propaga en sus enseñanzas los ideales de justicia social... Ella posee hoy la mayor fuerza del mundo para triunfar contra los explotadores y difundir esta nueva filosofía de gobierno. La Iglesia y el Estado están estrechamente ligados por una inspiración común. Con la ayuda de Dios nos encontramos sobre los caminos que conducen a la misma meta".

¿Son estos los funerales de la fé cristiana?

Sólo en Rusia y en Méjico, que ha tomado en cierto modo a aquella por un modelo, podrían ser acogidos hoy, en la educación fiscal, los ideales del autor citado por el señor Ministro.

Dr. Carlos Charlín

Las dos verdades

I.—“LA VERDAD CIENTIFICA”

La verdad para ser verdad no necesita ser comprendida. Es verdad, y eso basta; existe aunque no la veamos, y si la vemos nada importa a su realidad que nuestra mente la alcance o no la alcance.

Algunos espíritus rústicos, analfabetos letrados como nos decía maliciosamente el escritor mejicano Alfonso Reyes, exigen para aceptar la verdad que tengã cabida en su frente.

Lo que se comprende es un átomo de lo que se ve y lo que se es un átomo de lo que existe; lo que se ve es el primer contrafuerte de la cordillera.

La mayoría de las verdades científicas o religiosas, no se comprenden: se nos revelan como hechos; pero la causa primera, el por qué de esos hechos, su esencia misma, escapan en absoluto a nuestro entendimiento.

Si los sabios sólo aceptaran lo que comprenden en su esencia, Pasteur no habría descubierto el nuevo mundo de los seres infinitamente pequeños; y descubierto este nuevo mundo, no habría descubierto la medicina específica, no existirían el suero antídótico... y todos los sueros que han salvado millones de seres humanos.

Hay muchas enfermedades, por ejemplo muchas afecciones de la piel, perfectamente conocidas en su morfología, en su estructura microscópica, en su desarrollo, cuyas causas se ignoran en absoluto. Se conocen, pero no se comprenden.

En cuanto el investigador se encuentra frente a la vida, al fenómeno vital, acepta el misterio; más aún, no pretende descifrarlo; acepta el fenómeno, que está allí palpitante; anota el hecho observado, lo anota sin comprenderlo, y no por ello es menos sabio.

Pero veamos un ejemplo vulgar que nos demuestra gráficamente lo que es la verdad científica.

Los árboles en octubre florecen, en marzo se cargan de frutas y en mayo pierden sus hojas.

El fenómeno se repite año a año, nadie se detiene a considerarlo; sucede y eso basta; pero ¿quién comprende el maravilloso fenómeno?

Y realmente, si uno se detiene a meditar, queda anonadado por el milagro vegetal.

Esta partícula, esta semilla, ésta pajilla, ésta y no otra, similares, idénticas entre sí al parecer, también semilla pero muerta, echada en la tierra húmeda, se transforma en un árbol; y durante veinte, cuarenta, cincuenta años, en los meses de octubre, marzo y mayo, se metamorfoseará, y durante muchos lustros dará flores, frutas y perderá sus hojas.

¿Quién comprende este cuento de hadas? Si esto no sucediera en la realidad y lo viéramos en una película fantástica nos sonreiríamos de la imaginación pueril del director de escena.

Y este milagro lo explica el botánico con una palabra: son fenómenos vitales.

¿Y qué es eso, la vida, aquí en los árboles? ¿es lo mismo que la vida allá en los hombres?

La única explicación de cuanto vemos en la arboleda es siempre el fenómeno vital, que no comprendemos; pero comprendido o no, los hechos se presentan y se suceden absolutamente indiferentes a nuestra comprensión.

Los sabios, los botánicos se limitan a observar cuidadosa, meticulosamente lo que ocurre en el prado, en el jardín, en el bosque, anotan miles de hechos los clasifican, los comparan, hacen descripciones y llegan a conocer bien las yerbas, las plantas, los arbustos, los árboles y son después de algunos años sabios en esta ciencia: la conocen, pero no la comprenden.

La verdad científica se revela por hechos,

y las ciencias son clasificaciones y comparaciones de hechos.

Más aún—para volver al ejemplo expuesto—si el botánico empieza a considerar la causa de cuanto ha observado, si medita sobre el fenómeno vital, sobre la vida, si abre un libro de filosofía y cierra el de botánica, en ese mismo instante se transforma en filósofo y deja de ser hombre de ciencia; hace obra de filosofía y no obra científica.

El sabio Cuenot, profesor de Biología de la Universidad de Nancy ha dicho: “La ciencia se ocupa de los **cómo**, la filosofía de los **por qué**”.

Las condiciones del hombre que observa, del sabio y del hombre que medita, del filósofo, son opuestas.

El hombre de ciencia mira el mundo con sus ojos muy abiertos, con sus ojos ampliados, multiplicados por el microscopio; es un observador. El filósofo mira el mundo con el espíritu, mira la tierra con los ojos cerrados; no la estudia, la considera; no observa, medita; su mente no anota, especula. El uno es realista, le interesan sólo el hecho y su causa inmediata, su relación con otro hecho; el otro es especulativo, vive en la abstracción.

No sé como pueden estar en pugna la ciencia y la filosofía, la religión que es la suprema filosofía.

Son actividades mentales que se mueven en planos diferentes, sin contacto alguno, no comparables, no medibles con la misma vara.

Y así Pasteur, el sabio por excelencia, el creador de una nueva ciencia, la bacteriología que ha engendrado y engendra todavía nuevas ciencias, ha podido escribir: “quisiera tener la fe no de un bretón, sino de una bretona”.

Si pasamos del reino vegetal al reino de los insectos, volvemos a encontrar las características propias de la ciencia: la observación. Fabre, el célebre entomólogo francés, que ha enriquecido la entomología con conocimientos valiosísimos pasó su existencia observando los insectos, anotando mil pequeños hechos de las costumbres de las hormigas, de las mariposas, de las arañas,

de las abejas. Anotaba escrupulosamente lo que veía pero no pretendía jamás comprender el por qué, el factor causal de los hechos curiosísimos por él descubiertos. Y se contentó con atribuir todo aquello al “fenómeno vital”, es decir, aceptó el misterio.

Si hubiera pretendido descubrir el porqué en ese mismo instante habría cesado la actividad del entomólogo y habría despertado en él el filósofo, y el filósofo habría hecho huir al observador, al hombre de ciencia.

La ciencia y la filosofía, repetimos, tienen disciplinas diferentes, antagónicas, que se anulan una a otra.

Y los que estudiamos la naturaleza humana, los médicos, procedemos como el botánico y el entomólogo.

Hace 20 años que estudio la enfermedad en sus formas más diversas y cuando he encontrado un fenómeno nuevo, no visto por mí, lo que hago—y en esto sigo a mis maestros como ellos siguieron a los suyos—es lo siguiente: observo el fenómeno patológico; miro la alteración de frente, de soslayo, de perfil, con luz natural, con luz artificial con ojo desnudo, con microscopio, y anoto paso a paso cuanto he observado.

Al día siguiente y al subsiguiente y hasta que desaparezca el fenómeno patológico, repito la operación.

Esta documentación recogida es después estudiada, comentada, comparada, clasificada y constituye un documento científico. Cuando encierra alguna novedad se envía a una revista científica chilena, y si el caso lo merece, a una revista francesa, alemana, inglesa, italiana.

De la misma índole del nuestro son los trabajos que reciben esas revistas de médicos de París, de Berlín, de Roma, de Madrid, etc.

Y esa serie de trabajos de mera observación, constituye en el orden médico la literatura científica.

Hechos, hechos y hechos, he ahí la ciencia; hechos clasificados, comparados y controlados, y en sus relaciones causales inmediatas, directas de unos con otros.

Si un médico enviara a una revista cien-

tífica un trabajo de mera especulación mental, en que se tratara de explicar la esencia misma, la causa primera de un fenómeno patológico determinado, sin ningún documento original, sin ninguna observación propia, es decir, sin ningún hecho nuevo, dicho trabajo sencillamente no sería publicado por carecer de interés científico.

En ciencia lo que vale es el hecho, y la causa primera remota del hecho deja indiferente al científico, si esa causa supuesta es una simple hipótesis.

Pero si esa hipótesis no es fruto de mera especulación mental, y se apoya en un hecho, entonces la vuelve a considerar.

Hechos, hechos y hechos; he aquí lo científico.

Prima facie parecerá este programa modesto, mezquino. Veamos con un ejemplo como justamente en esta limitación está la fuente, la riqueza infinita de la ciencia. Ella sabe que para avanzar debe dar pasos muy cortos y estar siempre mirando la tierra.

Un médico inglés, Argill Robertson, escribió un día una página, una sola, sobre un hecho, nunca observado antes que él, un hecho íntimo al parecer.

Es el siguiente:

Si se acerca una luz a un ojo normal, la pupila, es decir lo que vulgarmente se llama la niña del ojo, se contrae, se achica. Argill Robertson descubrió el hecho nuevo de que hay personas cuya pupila permanece inmóvil, no se achica, ante la luz. Este es el célebre signo de Argill Robertson.

Ahora bien, el médico inglés publicó el hecho y no se detuvo en buscar una explicación de tal curioso fenómeno, pero lo relacionó con otro hecho, con la sífilis.

Hace 50 años que se vienen dando nuevas explicaciones del fenómeno de Argill Robertson.

Los artículos especulativos que tratan de explicar el porqué del fenómeno, interesan poco y no se leen.

Es que esos artículos explicativos no tienen espíritu científico, son teóricos, casuísticos y no aportan un adarme a la ciencia y

por no aportar nada, no tienen valor científico.

Pero he aquí que un segundo médico, algunos años después anotó otro hecho curioso: muchos paralíticos tenían la pupila inmóvil ante la luz, la pupila de Argill Robertson; y más tarde otro observador agregó que muchos locos tenían también la pupila de Argill Robertson.

La reunión de estos hechos dispersos puso en evidencia que la sífilis era la causante del signo de Argill Robertson, de ciertas parálisis y de ciertas locuras.

Siguiendo los sabios en la observación de este hecho insignificante de la pupila inmóvil, se descubrió que las personas que tenían el signo de Argill Robertson, después de algunos años, o se volvían locos, o se ponían paralíticos, o se quedaban ciegos.

La verdad científica se ha ido revelando con hechos, briznas de hechos, dispersos, incongruentes, sembrados por aquí, por allá; en el norte, en el centro, en el sur del continente europeo durante varias generaciones.

Pero la verdad se ha revelado porque los sabios se han limitado a observar, sin pretender penetrar en la esencia misma del fenómeno. Lo aceptaron sin explicárselo, es decir aceptaron la verdad sin comprenderla.

Un médico, y esto parece fantasía, acerca una luz a una persona, y cual profeta bíblico lee el porvenir y anuncia que en 20 años más, ese joven que acaba de bailar, elegante, conquistador, estará en un manicomio o cruzará la Alameda en una silla de ruedas.

Estas son verdades admirables, adquisiciones científicas maravillosas, pensarán todos.

Claro dirán algunos racionalistas y materialistas, esto sí, esto se comprende, esto es científico, esto no se puede negar. Así me gustan las cosas, agregará otro, bien claras; no me den cosas que no se entienden.

Perfectamente señor: pues Ud. anote que nadie sabe hasta hoy a qué es debido el signo de Argill Robertson, que nadie lo comprende porque nadie lo explica satisfactoriamente; y prueba de ello es que existen diez teorías diferentes sobre el tema.

Lo científico es conocer, comprobar un hecho, aunque la causa se nos escape.

Y sería una herejía científica, enténdame bien, una monstruosidad científica, negarse a aceptar un hecho, una verdad, porque no nos explicamos ese hecho, porque no comprendemos esa verdad. Tal criterio imposibilitaría toda la investigación y significaría la muerte de la ciencia.

Repito, la ciencia biológica, es decir la ciencia que estudia los fenómenos vitales, se nos manifiesta, se nos revela por hechos, por verdades cuya causa primera escapa a nuestra comprensión.

Las verdades científicas son realidades no discutibles porque allí están a nuestra vista; muchas veces no comprensibles porque su causa primera está fuera del alcance de nuestra inteligencia. Y así será mientras la vida misma, esté ella en la célula vegetal, animal o humana, sea un misterio.

Este humilde juicio mío parecerá atrevido y paradójico, y se estimará que el papel que asigno a la ciencia es desdorado.

Sin embargo, he aquí lo que dice el conocido sabio Le Dantec, materialista de gran renombre, profesor del Colegio de Francia. En el prólogo de su obra clásica "Traité de Biologie" hace el siguiente simil:

En un pequeño puerto de Normandía había un perro que se interesaba por las cosas del mar. Pasaba en la playa, miraba las barcas y las veía partir, todas las tardes, vacías, y al amanecer las veía volver llenas de sardinas.

Este fenómeno le intrigaba mucho.

¿Qué pasaba allá lejos, detrás del horizonte, durante la noche en alta mar?

Nunca lo pudo saber.

Pero aunque no comprendía lo que allá pasaba, en vista del hecho de que las barcas partían vacías y volvían cargadas, tuvo por una verdad que las sardinas venían del mar y que no se producían en cajas, espontáneamente en los despachos, como creían los perros de la ciudad.

Si hubieran negado el hecho por no comprenderlo, habría permanecido en el error

y habría sido tan ignorante como los canes de tierras adentro.

Cuando se estudia la biología se está obligado a atenerse a fórmulas sintéticas, nuestro papel como sabios se limita a comprobar, como lo hacía el perro filósofo, que tal fenómeno empezado de esta manera termina de esta otra, porque entre el principio y el fin de una manifestación vital, existen hechos que están más allá del horizonte del hombre de ciencia, como la pesca de las sardinas está más allá del horizonte del perro.

Los químicos nos han dado el ejemplo en la fórmula que emplean; el primer miembro de la ecuación $A + B$ representa el estado de cosas al principio de la reacción (son las barcas que parten al atardecer), el segundo miembro de la ecuación $= C$, representa el estado nuevo obtenido al terminar la reacción (son las barcas que vuelven cargadas de pescado). Entre el principio y el fin de la reacción se producen fenómenos intermedios de los cuales los químicos no se preocupan, y con razón; pero esto no impide que lleguen, acumulando resultados de reacciones conocidas, a preveer nuevas y a preparar nuevos compuestos, sin conocer la esencia de las reacciones químicas.

Los biólogos ignoran la esencia de los fenómenos vitales, los químicos la esencia de los fenómenos químicos, así como los físicos la esencia de los fenómenos físicos.

Ignoran la esencia, dice Le Dantec, es decir la causa prima, el por qué de un fenómeno, pero conocen el fenómeno. Es decir, saben pero no comprenden.

Empezaba este trabajo con una paradoja.

La verdad para ser verdad no necesita ser comprendida.

Acabamos de ver y de demostrar que tal frase tenía sólo la apariencia de una paradoja.

II.—"LA VERDAD CRISTIANA"

Hemos visto que el mundo de la materia nos revela el misterio que guarda con pequeños hechos, descubiertos por la ob-

servación, hechos que son las verdades científicas, especialmente las relacionadas con las ciencias de la vida, de la biología, son verdades a pesar de que su causa primera no la comprendemos.

Pues bien, las verdades religiosas son de la misma índole que las verdades científicas.

La verdad religiosa ha sido revelada en el curso de miles de años, y se nos revela día a día, si se observa la vida espiritual, como el sabio observa la vida de la materia.

Sobre el mundo material existe el mundo de los sentimientos, de las afecciones, del alma, mundo que no por no ser tangible deja de existir. La belleza, la bondad, la justicia o la inspiración, la intuición, son personajes abstractos que viven, nos mandan, nos tiranizan.

Observemos este mundo impalpable, observemos la vida humana en su parte espiritual con criterio de hombre de estudio, como el botánico observa las plantas, como el bacteriólogo los microbios, como el médico la enfermedad, y anotemos lo que observamos, recojamos hechos, es decir verdades, aunque no las comprendamos.

El mundo de la materia se rige por las leyes y estas leyes se manifiestan por hechos, por verdades.

En el mundo del alma hay leyes como en el reino vegetal o animal. El mundo del alma no puede ser obra de la casualidad. Tal hipótesis es absurda porque en todo cuanto existe, desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinito en grandeza, en todo lo existente se sorprende un ritmo, una armonía, una sucesión invariable y fatal de hechos, que aparecen siempre en las mismas circunstancias, es decir se sorprenden leyes inmutables.

En el mundo del espíritu, o mejor del alma, existen leyes inmutables, reveladas por hechos, por verdades reveladoras a su vez de la gran verdad, de la verdad divina.

En biología, la ciencia de la vida animal, existen pequeñas verdades reveladoras a su vez también de la gran verdad biológica, que es el fenómeno vital, que lo explica todo.

Espiritualmente, nuestra alma vive sumergida en la gran verdad, así como nuestro cuerpo vive sumergido en la atmósfera.

Los que viven conforme a la gran verdad están adaptados al medio espiritual, su espíritu está adaptado a la atmósfera espiritual del mundo.

Recordemos un experimento de laboratorio. Si ponemos un cuy debajo de un fanal de vidrio, lo vemos respirar, moverse, correr, alimentarse; si introducimos ácido carbónico, vemos al conejillo agitarse, respirar con ansiedad, y después arrastrarse, tener convulsiones y después morir. El cuy no está adaptado a la nueva atmósfera, su organismo no está adaptado al nuevo hecho, a la nueva verdad que constituye para él el nuevo ambiente de la campana de vidrio.

Aunque no conozcamos el componente del recipiente, basta mirar como se comporta el animal de experiencia, para concluir científicamente que el conejillo está o no está adaptado a su ambiente.

Nuestra alma vive, hemos dicho, sumergida en una gran verdad espiritual.

¿Cómo conocer esta verdad?

Procedamos con un criterio científico, juntemos hechos para tener ideas, "réunissons des faits pour avoir des idées", decía el gran naturalista Buffon; aportemos observaciones clínicas, como decimos los médicos.

Veamos por ejemplo como reaccionan algunos seres humanos a la acción de un excitante, tal como se procede en los laboratorios de fisiología, al excitante del dolor, del dolor máximo, de la muerte de una persona querida, de un hijo.

Voy a relatar casos recogidos por mí. He aquí dos observaciones clínicas, que me han sido facilitadas por un ex-diplomático chileno.

Durante la guerra, un célebre cirujano francés tenía un hijo aviador, hijo único. Con orgullo relataba a los amigos las proezas de su niño. Valiente como el que más, había destruido seis aeroplanos enemigos en desafío solitario.

Su táctica era simple y temeraria. Toda la maniobra consistía en dominar por la altura al enemigo y dejarse caer como una piedra sobre él. Seis veces había tenido éxito. La séptima vez se fracturó la cadera; pero contaba el padre que el chico había te-

nido la precaución, ántes de partir, de amarrarse los pies a los pedales de maniobra y gracias a este ardid, pudo, a pesar de su cadera fracturada, aterrizar en las líneas francesas.

El cirujano francés curó al hijo herido en su misma sala de hospital.

En su octava batalla cayó envuelto en llamas con el enemigo.

El diplomático fué en visita de condolencia a casa del médico francés. El portero le dijo: "El Doctor ha muerto, murió ayer". ¿Y la señora? "La señora medio loca, se fué de la casa, no se sabe donde está".

La pérdida del hijo había provocado el suicidio del padre y la sin razón de la madre.

No tenían sentimientos religiosos. No eran cristianos. Otros no se suicidan, pero después de tal drama arrastran su existencia como un presidiario arrastra su cadena.

Veamos otra observación clínica, pero opuesta.

La mujer del general de Castelnau tenía cuatro hijos en el frente. Una mañana al recibir la comunión, al través de sus párpados semi-cerrados, en éxtasis místico, vió una extraña perturbación en la mirada del oficiante y un temblor en la mano que tenía la hostia, la madre comprendió, y con angustia de muerte, dijo muy despacio:

"Le quel? "¿Cuál?"

Oyó el nombre de su hijo menor, recibió la comunión, inclinó la cabeza y quedó inmóvil, largos momentos, sollozando.

De la Iglesia se fué a la ambulancia de su barrio a curar a los heridos.

Y así, uno tras otro, perdió cuatro hijos.

La generala de Castelnau fué una de las organizadoras de las ambulancias civiles en París y prestó sus servicios día a día, silenciosa, heroica, hasta que se firmó la paz.

Agregaré al caso contado por el diplomático chileno otro caso personal, que muestra la reaccin del ser humano ante la muerte.

Una monja un día me contó su historia.

Hace treinta murió repentinamente su marido, y la noche de su muerte, arrodillada ante el cadáver, besando la mano yerta, hizo

la promeza solemne de retirarse del mundo. Pocos meses después cubría su rostro joven un velo negro. Era ella de gran familia, tal vez mundana, quitóse las alhajas, dió su fortuna a los pobres y se retiró a un convento. Se hizo hermana de una congregación que cuida de las mujeres marcadas en la frente con fuego por la sociedad. Y ha pasado treinta años en este infierno, en medio de prostitutas. "Ellas son buenas, créamelo Doctor; son desgraciadas, pero no son malas", me dijo al despedirse, la cara iluminada con una sonrisa infantil.

Ahora bien, yo me pregunto, con un criterio científico, atendido a los hechos, ¿quienes, de entre estos seres humanos estaban adaptados al medio, a la vida espiritual, tal cual es? ¿quiénes vivían conforme a la verdad? ¿Quiénes estaban de acuerdo con la gran verdad, en que vivimos sumergidos? ¿quiénes estaban en la verdad?...

Estos son hechos, cuya causa puede no comprenderse, pero son verdades irrefutables, verdades en absoluto similares a las verdades científicas que rigen el mundo de la materia, porque son verdades experimentales.

Estos hechos misteriosos son la carga que trae la barca de alta mar, de la noche, de al'á, del otro lado del horizonte.

No comprendemos bien, pero allí está la barca.

Veamos ahora como reaccionan otros seres humanos, no al excitante del dolor, sino al excitante opuesto, al del placer, al del fácil vivir, al de la riqueza.

Un joven se encuentra de repente rico; bebe, juega, transforma la noche en día, es escéptico, epicúreo; la existencia para él es un eterno jolgorio y llega a los 50 años hecho estropajo físico, enfermo; estropajo moral, despreciable y desgraciado. Ha cruzado el mundo con un egoísmo feroz y sonriente, sin hacer el bien a nadie y haciéndose el mal, en un suicidio lento, como sorbiendo día a día una pócima de veneno, de veneno dulce pero mortal.

Este hombre — todos conocen algunos ejemplares — no tiene vida religiosa, no es

cristiano. Ha sido sordo al misterio divino.

Hé aquí la observación opuesta, recogida personalmente.

Una tarde entró a mi consulta un hombre joven de 25 años, rebosante de salud, con el pelo erizado por la máquina-tonsuradora, con unas orejas enormes, ataviado de un manteo negro demasiado grande y calzado como un andarín. Andaba con un ruido de caballería. En fin, un personaje de comedia.

Penetré en mi personaje y tuve una revelación.

Era hermano de no sé qué congregación: este francés, culto, de familia burguesa rica, había renunciado los suyos, a la fortuna, al futuro, a todo, para venir a Chile a enseñar las primeras letras a nuestros niños pobres.

Y hay otros hombres como él, en la Argentina, en Bolivia, en el Ecuador, en África, en Asia, en Europa. "Somos, me dijo, 17 mil en nuestra Congregación".

Vuelve a surgir la misma pregunta, ¿quiénes están adaptados a la verdad del alma en que nuestras almas viven sumergidas, quiénes viven conforme a la gran verdad, quiénes están en la verdad?

Lo repetimos; estos son hechos, de la misma índole que las verdades científicas, son hechos experimentales.

Pero quisiéramos dar un paso más en nuestra investigación y observar el fenómeno en estudio, no ya desde el exterior como acabamos de hacerlo, sino penetrando en un alma, si pudiera decirse, para descubrir la causa de proceder tan diverso, tan opuesto de un espíritu pagano y de un espíritu cristiano.

Para ello vamos a utilizar la relación que nos ha hecho de su evolución un convertido.

Se trata de un artista. Vivíamos ambos en una pequeña ciudad universitaria a orillas del Rin y nos veíamos con frecuencia en nuestra soledad.

El era ya un hombre maduro, pintor de renombre y yo entonces, un joven, médico novel.

En nuestras andanzas dominicales por la

Selva Negra, charlábamos y mutuamente nos confesábamos.

Su vida se dividía en dos ciclos: el primero hasta los 40 años, etapa racionalista y materialista, el segundo, cristiano.

He aquí como me describió estos dos estados de alma.

Hasta los 40 años me dominó, me dijo, un egoísmo fantástico y sobre este calificativo insistía: **fantástico**.

El principio y el fin de todo era yo; mi interés, mi deseo, mi ambición. La vida se me ofrecía como una guerra sin cuartel, debía llegar donde yo quería y alcanzar lo que yo deseaba, pasando por sobre todo y atropellándolo todo, como un guerrero invasor. Tenía un concepto nietschiano de la vida. Mis semejantes eran mis adversarios, y aunque les sonreía, los trataba como a enemigos. En este egoísmo llegué a la crueldad.

Mis semejantes eran mis adversarios, lo he dicho, y conclusión obligada de esta premisa, me sentía en campo enemigo y con la inquietud del soldado sitiado.

No conocía la paz, mi vida era una prolongada angustia.

El egoísmo se acompañaba naturalmente de la egolatría, que es su hermana.

Tenía una vanidad, más bien, una soberbia enfermiza. Creía muy seriamente que luego, muy luego, superaría a Miguel Angel, a quien miraba como a un niño.

Juzgaba a mis semejantes sin compasión, me complacía en la crítica, en una crítica sangrienta. Tal vez necesitaba destruir a los demás para mantener en pie mi personalidad hipertrofiada.

Miraba a mi alrededor con una mirada cargada de desdén y sin embargo me torturaba la envidia. Empero la envidia mía era lógica, pienso ahora, porque siendo mis semejantes mis enemigos, cuantos les acontecía de favorables era en desmedro mío.

La situación falsa, antojadiza en que estaba yo, y la situación real en que se encontraba mi persona, me fué poco a poco convirtiéndose en un enemigo de la sociedad que consideraba injusta, del mundo que estimaba insensato. Me transformé en un rebelde.

en un revolucionario y, — me agregó con viveza — me sentía capaz de tirar bombas. Y note Ud. que este estado de alma mío es el de muchos intelectuales; a las mismas causas, los mismos efectos.

Llegó un momento en que mi desasosiego y mi angustia fueron tales que temía quedarme a solas conmigo mismo. Tuve obsesiones, lo que los médicos llaman fobia.

Y esta preocupación exasperaba mi inquietud: era joven y ya era desgraciado ¿qué me reservaba el porvenir para después cuando hubiera pasado mi juventud? ¿A dónde me llevaba este camino sombrío que mientras más avanzaba más sombrío se hacía?

Con mi egoísmo, soberbia, incomprensión total de la vida, había destrozado mi hogar. Vivía separado de mi mujer y de mis hijos. No divisaba, pues, refugio alguno en este camino obscuro.

En los momentos de mayores congojas brotaba espontáneamente de mis labios un Ave María, un Padre Nuestro, único resto del naufragio de mi religión. Esa luz pequeña que parpadeaba a veces me mostró entonces el camino y divisé en las tinieblas, la cruz.

Entonces se produjo un drama íntimo, terrible que me abrió los ojos.

En mis desventura suma, en mi desamparo total, no hallando a quién implorar, me acerqué a Cristo y le conocí, lo conocí y lo amé. Y ésto me salvó.

Me salvé por el amor a Cristo.

Y va a ver Ud. cómo.

El amor a Cristo hizo despertar en mí el amor a los pobres, a los desventurados, a los enfermos. Esta sensibilidad, para mi desconocida, ante el dolor humano, se fué extendiendo insensiblemente de los desgraciados a los hombres todos, porque todos sufren. El amor a Cristo despertó en mí la comprensión y después la simpatía por mis semejantes. Ya los conocidos no fueron enemigos, sino compañeros, mis hermanos, hermanos en el error, en el pecado, en la desilusión, en el sufrimiento, en la impotencia, y fué invadiéndome una compasión inmensa, y después una ternura infinita.

El amor a Cristo transfiguró a los hombres y me transfiguró.

Ya la vida no era la batalla feroz que me había enseñado Nietzche, ya no me rodeaban enemigos.

Y el panorama opuesto del mundo hizo, de un guerrero cruel, un pacífico, un tierno caminante. Y el concepto contrario de la vida me llenó de inquietud, de serenidad y dulcificó mis días.

Probé la alegría infinita de vivir con la paz en el corazón. —

Y hecho curioso, mi comprensión de los demás, me hizo comprenderme. Me juzgué con más verdad y me convencí que no era un ser tan extraordinario, y se desvaneció la soberbia.

Recuerdo que ya en este segundo estado de alma probé mis primeros triunfos, fui consagrado, obtuve la medalla de oro en el Salón. Pues no sentí por ello vanidad alguna y cuando leía en los periódicos críticas encomiásticas me decía, y decía a mis amigos: "Esto es una exageración, ésto es falso, esto va siendo ridículo".

La soberbia había sido reemplazada por la humildad.

Y esta humildad era sincera. Tuve la prueba de ello un día, pues un día se me ofreció la dirección de uno de los museos de la capital de mi patria y lo rehusé. Me había puesto indiferente a los honores, yo el gran ambicioso.

También había muerto la envidia desde que miraba con simpatía a mis semejantes, y ya no volví a ver en mis compañeros de arte, a enemigos.

El conocimiento de la vida interior que me enseñó el cristianismo, la valorización de las cosas espirituales y la desvalorización consiguiente de lo material, me han dado una conformidad, una resignación sonriente, que es otra fuente inextinguible de paz.

Miro al mundo también con simpatía; el rebelde, el revolucionario, partieron para siempre.

Y esta paz profunda me llena de goce el alma. Mis amigos me dicen: "¿pero qué

fienes tú, eres otro, estás más joven, has cambiado de carácter?"

La conformidad, la resignación de que estoy poseído desde que vivo en Cristo provocó otro cambio extraordinario en mí: era cobarde, soy valiente. Hace tiempo enfermé y los médicos creyeron mi caso desesperado. Conocí el diagnóstico y no me abatí. Fui tranquilo a la mesa de operación y casi me alegró la idea de la muerte.

Le agregaré algo más.

La armonía integral en que vive mi ser ahora me ha hecho más ágil mentalmente; tengo más capacidad para el estudio, más comprensión. Antes no entendía las matemáticas, ahora las puedo abordar.

Esta armonía de que disfruto ha contribuido además a la mejoría evidente de mi antigua psicopatía; ya no tengo obsesiones.

Me domina un sentimiento de liberación; me siento como nacido de nuevo, espiritualmente. Me parece que después de haber vagado ciego, por una región escarpada, rodeada de precipicios, principio ahora a ver, y a andar, a todo sol, por el camino real.

Antes no sabía lo que era la vida".

* * *

Después de cada una de estas conversaciones con mi amigo pintor, tenía el cuidado de transcribirlas lo más fielmente posible. Antes de volver a Chile se las leí.

Hizo algunas correcciones a mi versión, y la versión corregida es la que acabo de comunicaros.

Y bien, ahora me pregunto ¿cuándo mi confidente, estaba en la verdad? ¿antes o después?

Ahora si pasamos del individuo a la familia, volvemos a encontrar la misma antítesis entre el hogar con vida religiosa y sin vida religiosa.

Naturalmente no me refiero a los hogares farisaicos, de que hacen caudal los materialistas para negar la influencia de la religión, del cristianismo, sobre la moral de la familia.

No quiero citar hechos, sería odioso. Mirad a la sociedad en que vivimos, las familias conocidas, mirad y ved.

El mismo fenómeno ocurre con las instituciones humanas.

Visitemos un colegio, una escuela. Hay obediencia, orden, disciplina, respeto de los discípulos; más aún, afecto, para los maestros, para ellos mismos. Los maestros son puritanos, observan la castidad, y si son casados tienen su familia regularmente constituida. Los alumnos toman cariño al establecimiento, ya hombres siguen concurriendo a él, forman sociedades de ayuda mutua, de cultivo espiritual o religioso, o sociedades que se dedican a la caridad, a la enseñanza. Ya hombres, constituyen un hogar respetable y si actúan en la cosa pública, forman partidos disciplinados, desinteresados, con verdadero valor cívico, apoyo obligado de todos los gobiernos de orden.

En estos establecimientos hay un crucifijo en la puerta.

Vuelve a surgir la misma pregunta.

Este establecimiento ¿está o no está adaptado al ambiente espiritual del mundo, está o no está conforme su alma colectiva, con la gran verdad en que las almas viven sumergidas?

Científicamente debemos decir que sí, y tienen que decir que sí aún los que no comprenden el por qué.

De nuevo es la barca que vuelve de alta mar, de la noche oscura, demás allá del horizonte cargada con la pesca milagrosa.

Otros hechos experimentales.

Visité tiempo ha, en un país vecino, dos hospitales en ciudades cercanas. Uno era de madera, modesto, pobre construcción de un piso, construido poco a poco por los vecinos.

Se abría la puerta y el piso brillaba, las murallas eran blancas, había maceteros con flores en las esquinas, helechos colgaban en los corredores; las ventanas lucían transparentes anudados con cintas de colores; divisé un jardín cuidado y más allá un huerto atendido con esmero y que producía toda la verdura necesaria para los enfermos.

Entré a una sala y las camas blancas, eran acogedoras. En la cocina llena de luz y como espejo, hervían las ollas con el almuerzo que iba a servirse luego a los hospitalizados.

Visité las salas de cirugía y de Rayos X que habrían envidiado algunos hospitales de grandes ciudades. Por doquiera había bienestar físico, orden, disciplina, alegría.

El pensionado de este hospital humilde era muy solicitado por los turistas extranjeros que lo preferían a los hoteles de la comarca.

Este hospital vive al día, de la donación diaria de la caridad anónima.

Lo administran unas mujeres con toca blanca, que a las 5 de la mañana van a un sitio llamado capilla, y allí yacen prosternadas en meditación.

En la puerta hay un crucifijo.

De nuevo un crucifijo, coincidencia extraña que llama la atención de un hombre de ciencia, porque cuando el investigador encuentra dos hechos, repetidas veces juntos, nace, debe nacer, inmediatamente en su espíritu la sospecha de que existan entre esos dos hechos relaciones causales. Este es un axioma científico.

Ahora si se suprime un hecho y desaparece el otro, y a la inversa, entonces las relaciones de causa a efecto son evidentes.

Pero veamos esa experiencia de contrapueba, usual en la investigación científica.

Suprimamos un hecho, suprimamos el crucifijo en un hospital y observemos atentamente lo que va a ocurrir.

Me atengo a experiencias personales, a cosas que yo he experimentado y he visto.

Pocos días después visité otro hospital.

Era un edificio magnífico, una construcción de cemento de tres pisos, que se levantaba soberbio en una altura, rodeado de gran campo, pero de campo yermo. Ni un árbol, ni una flor. Había costado varios millones de pesos.

Llegué a la puerta del establecimiento, llamé y nadie respondió. La puerta estaba entreabierta.

Avancé, entré a una sala. Del alto del techo colgaban, como único adorno, unos papeles para moscas, enrollados. Las camas estaban deshechas, había un olor desagradable, los vidrios empañados; volví a llamar

y al fin apareció una mujer, con el delantal sucio.

¿Dónde está la monjita? pregunté.

Aquí señor no hay monjas. La Directora es una señora extranjera contratada, que ahora anda de compras.

Subí al 2º piso del palacio y en la hermosa galería había entre papeles de diarios, junto a una silla coja, una bicicleta para niños.

Y ésto de quién es?

Es del hijo de uno de los empleados, porque este piso señor lo ocupamos nosotros los empleados.

¿Y los enfermos? No se han podido recibir, porque el Gobierno no ha dado plata para habilitar las salas.

Hacia tres años que el edificio estaba por habilitarse totalmente.

Entro a una sala de operación magnífica. Tampoco estaba habilitada desde hacía tres años.

Operan allí señor, me dijo la empleada; y me mostró un edificio viejísimo situado a más de una cuadra del hospital.

Llegué a la sala de operación. Los médicos se quejaron amargamente. Ya no se podía trabajar, no había instrumentos, faltaba la gasa, el algodón.

Al frente de la sala de operación, la cocina donde reinaban un mosquerío y una suciedad singulares.

Aquí en este establecimiento no había crucifijo ni en la puerta, ni en parte alguna.

Ese hospital era un hospital laico y fiscal.

Ahora, me vuelvo a preguntar con espíritu observador, frío, desapasionado, con criterio científico, ¿cuál de estos dos establecimientos estaba en la verdad, cuál de los dos vivía de acuerdo con la gran verdad?

Las instituciones religiosas, cristianas, prosperan en forma inexplicable, trátense de hospitales, de colegios, de escuelas, de universidades, de sociedades, de lo que sea, prosperan en forma irritante, tan irritante que cuando están demasiado prósperas las saquean, las destruyen, las incendian, en nombre del pueblo, de la civilización, de la cultura y de la ciencia.

Pero, hecho curioso, digno de anotar para un hombre de estudio, hecho experimental, estas escuelas, estos hospitales, estos conventos, estas instituciones vuelven a renacer. ¿Por qué? ¿Cuál es la razón de esta vitalidad extraordinaria, de esta inmortalidad, porque donde ellas aparecen no se les puede extirpar? Nacen espontáneamente, como semillas caídas del cielo, prosperan y cuando se las mata vuelven a renacer; se les mata materialmente pero su espíritu es inalcanzable para la mano del hombre. Renacen, porque su espíritu está de acuerdo con la atmósfera, con el ambiente espiritual del mundo, renacen porque están de acuerdo con la gran verdad, porque están en la verdad. Pasa con ellas lo que con los helechos en el sur de Chile.

Cuál es la causa de que los helechos en el sur de Chile nazcan no se sabe cómo por doquiera, crezcan y verdeen sin que nadie se ocupe de cuidarlos, y vuelven a brotar cuando se les corta, y a crecer, y a propagarse indefinidamente.

Porque los helechos en el sur de Chile están en un ambiente favorable, es decir que su organismo está de acuerdo con la verdad atmosférica, mineralógica, climatérica, es decir porque está de acuerdo con la gran verdad material en que viven sumergidos.

En el norte se crían raquíuticos, o mueren, por la razón inversa.

He relatado hechos, he expuesto pequeñas verdades que están a la vista de todos.

Estos pequeños hechos son la manifestación de una verdad fundamental, de un principio matriz, de la gran verdad, del fenómeno divino, así como las pequeñas verdades de las ciencias biológicas son la manifestación de un principio matriz, del fenómeno vital.

Nada se explica ni en la vida orgánica, ni en la vida del espíritu, del alma, si se suprime la causa primera.

Hay algunos que exigen de la Divinidad, para creer en ella, el milagro. Me parece esta actitud mental poco científica, sería la misma la del biólogo que para creer en la

biología necesitara del milagro en la vida de las plantas.

La verdad religiosa está allí, está revelándose día a día, para verla no basta mirar, hay que observar.

En las ciencias ocurre lo mismo; la verdad científica se entrega no al que mira sino al que observa y estudia.

Para concluir podríamos decir, sin apartarnos un ápice del terreno experimental, de raciocinio puro, en que nos hemos colocado: **Los hombres con vida religiosa, con vida cristiana, están adaptados al mundo tal cual es, tal cual se nos ofrece a los hombres en esta tierra.**

Pues bien, la religión cristiana que los adapta al mundo, a la vida, que los pone de acuerdo con la gran verdad que anima la existencia toda, tiene que contener esa verdad, contiene la verdad aunque permanezca ella fuera del alcance de nuestra mente.

Pero, doy por existentes todos los argumentos de hecho, expuestos en este trabajo y me coloco en el punto de vista del irreducible.

La religión cristiana es una ilusión, un error.

Perfectamente. Pues estudiaremos las modalidades, las características de este error, considerando sólo hechos evidentes.

Pues este error tiene la virtud de consolar al hombre caído, no sólo de consolarlo, de levantarlo, no solo de levantarlo, de purificarlo. El hombre a quien abate un dolor sin esperanza, infinito, que no ha de terminar sino con la muerte, si es cristiano se enjuga las lágrimas, vuelve en él la serenidad y aún llega a transformar el dolor en goce y vuelve a conocer la alegría, olvidándose de sí mismo y sirviendo a los demás. Es un mandato de su religión.

Pues este error tiene la virtud de llamar a la realidad, a la humildad, a quien tienta la soberbia, y de imponer al hombre feliz la obligación, si quiere conocer la alegría interior, de acordarse de sus hermanos, de ser caritativo.

Y a este mandato, impuesto por el cristianismo, se debe la fundación de casi todas las

obras de caridad que hay en Chile, que representan en dinero efectivo, un capital de varios centenares de millones de pesos, tal vez millares.

Al "error" cristiano se debe también que en Chile, casi todos, por no decir todos los hospitales, los hospicios, las casas de huérfanos o de dementes, los asilos, todos los refugios donde llegan a buscar amparo los venidos por la enfermedad, la vejez, la miseria, sean atendidos gratuitamente por personas que profesan ese error. Estos son hechos que a la vista de todos están.

A este error se deben también las primeras manifestaciones intelectuales que florecieron en nuestro suelo. La primera Universidad, los primeros colegios, las primeras escuelas fueron fundadas y mantenidas en Chile por hombres que profesaban ese error.

A tal error, en fin, se debe el que la civilización de Roma y de Grecia se salvara. Sobre las aguas fangosas y rojizas del diluvio de la invasión de los bárbaros, quedaran como en pequeñas islas, uno que otro caserón solitario con una cruz. En ellos estudiaban hombres poseídos de este error* y cuando se retiró la invasión, enseñaron el latín y el griego a los sobrevivientes e hicieron revivir entre ellos a Arquímedes, a Aristóteles, a Platón, a Virgilio, a Horacio, a Cicerón.

Sin el caserón con la cruz, sin el error de

estos hombres la humanidad habría tenido que volver a aprender a raciocinar, a pensar, a meditar; a representar la belleza; a codificar el derecho.

Habría tenido que empezar su espíritu de nuevo, a iniciar el vuelo como cinco mil años antes lo hiciera.

Es decir que sin el error cristiano estaríamos viviendo una cultura atrasada de algunas decenas de centurias sobre la civilización actual.

Un hombre de ciencia no puede negar que este error sea un noble error y un error transcendental. Es tan maravillosamente concebido, tan extraordinariamente apto para hacer mejor a los hombres y para hacer mejor la vida en esta tierra, que un sabio debe dudar de que tal mistificación haya podido ser inventada por nuestra pobre inteligencia.

Porque en ciencia alguna puede una hipótesis, un sistema, ostentar tal coherencia, tal armonía, tal complejidad, tal estabilidad si no descansa sobre hechos, es decir sobre la verdad.

Es un error tan potente y perfecto que inútilmente se ha querido reemplazarlo. Nadie ha encontrado nada con que sustituirlo, y han laborado en ello muchos genios de la filosofía desde hace algunos siglos.

Es un error magnífico, tan pródigo de beneficios, que vale como una verdad y más que muchas verdades.

R. P. Coulet

El Catolicismo y la Crisis Mundial

(Continuación)

II.—NATURALEZA Y LIMITES DE LA INTERVENCION DE LA IGLESIA

Pero todas estas diversas consideraciones que bastan, me parece, para justificar la intervención de la Iglesia y de los Soberanos Pontífices en este dominio, bastan también para manifestar la naturaleza, del mismo modo que los límites y el alcance de estas intervenciones.

En efecto, para la Iglesia, se trata, y no puede tratarse sino de ésto para ella, de conjurar antes que nada las consecuencias más graves de la Crisis, ensayando llevar algún alivio a la desgracia de sus tan numerosas víctimas; de impedir que ella se agrave prolongándose o que se renueve en un corto tiempo; y, por consiguiente, de sacar nuevamente a la luz, a un mismo tiempo, las grandes verdades a las cuales es indispensable volver para lograr sobrepasarla e impedirla renovarse. De todos modos y siempre, se trata de hacer al mundo un servicio eminente de caridad.

ALIVIO DE LA MISERIA

¿No dirigía el Soberano Pontífice, en Octubre de 1931, su Encíclica *Nova impendet* sobre la Crisis económica justamente con el fin de provocar una verdadera cruzada de caridad?

“Emocionado por las lágrimas de estas multitudes de honrados trabajadores, que no piden de los demás, otra cosa que ganar honradamente su pan de cada día, y que se ven reducidos con su familia a una extrema indigencia”; movido de compasión a la vista de “estas multitudes de pequeños niños que son las víctimas más inocentes de este esta-

do de cosas”; espantado por las perspectivas “del invierno que se aproxima con este cortejo de privaciones y de sufrimientos que trae la estación fría, para las gentes pobres y especialmente para la infancia tan tierna”; temiendo mucho que la plaga de la cesantía, vaya agravándose “hasta que la indigencia de tantas familias las impulse a la desesperación”; el Soberano Pontífice, elevaba la voz, y se dirigía “a todos los que tienen sentido de la fé y de la caridad cristiana, a fin de convidarlos a una cruzada de caridad y de socorros que, a un mismo tiempo que aliviando los cuerpos y reconfortando las almas, hará renacer una serena confianza y disipará los sentimientos turbios que la miseria engendra.”

A esta “cruzada de amor y de ayuda mutua” el Soberano Pontífice invitaba, en primer lugar, a todos los fieles de todos los países, porque, como miembros de una sola y misma familia que es la familia misma de Dios, participan fraternalmente en la prosperidad y en la alegría lo mismo que en la adversidad y en el dolor comunes.

Los católicos del mundo entero respondieron a este llamado con una conformidad y un arranque a los que el mismo Soberano Pontífice debió rendir homenaje algunos meses más tarde. En efecto, oyendo la invitación del Papa, innumerables organizaciones de socorro a los cesantes y de ayuda a las víctimas de la crisis, habían surgido en todas partes. Ellas debían multiplicarse más, cuando, ante el mal creciente, aumentando la cesantía y llegando a ser más amenazador el peligro de desorden y de anarquía, Pío XI creyó deber dirigirse al mundo, de nuevo en 1932, para exhortar a todos los hombres “a unirse y a oponerse con todas sus fuerzas a los males que agobian a la humanidad, y a

aquellos, más graves todavía, que la amenazan".

Era esto resolver lo más urgente. Era, una vez más en los labios del Soberano Pontífice, el "Misereor super turbam", que, delante de todas las angustias de la humanidad, hace batir el corazón de la Iglesia con el mismo movimiento de compasión emocionada con que en otro tiempo hacía batir el corazón de Cristo.

RECUERDO DE LOS PRINCIPIOS MORALES

Pero la intervención no se ha limitado a eso. Tal vez sobre esta forma de su intervención no haya ni siquiera motivo para llamar la atención. Está de tal manera en la línea de tradiciones más antiguas y más indiscutidas de la Iglesia; responde tan bien a lo que se espera de ella; que espantaría, y que aún escandalizaría, no sin razón, por lo demás, el que descuidase invitar a sus hijos a este gesto de caridad compasiva y misericordiosa.

Algunos, por el contrario, no admiten que pretenda ir más allá, y se permita dar su palabra sobre la manera cómo convendría llevar remedio a la crisis.

¡Y sin embargo!

Su caridad sería bastante pobre y bastante sospechosa si, satisfecha con inclinarse sobre las innumerables víctimas del desorden y de curar sus llagas, no se preocupase de poner un término a este desorden a fin de impedir que haga cada día nuevas víctimas!

Por eso no vacila decir netamente su pensamiento sobre este punto, a riesgo de escandalizar tal vez ciertos fariseísmos y de descontentar ciertos egoísmos.

Ella se cuida bien, por lo demás, de proponer soluciones técnicas a los innumerables problemas de detalle que plantean el enderezamiento y el saneamiento de nuestra economía moderna; en particular el reajustamiento progresivo de esa economía sobreequipada a la real potencia de compra del mundo del consumo. Este no es su papel y no es tampoco su ambición.

Pero estima que posee el derecho de examinar si el mal que sufre esta economía tiene por causa profunda el desconocimiento o el olvido de ciertos "principios directores" que dependen, en suma, de la ley moral, de la que ella es la guardadora y la intérprete autorizada. Y si, por otra parte, comprueba que estos "principios directores" no han sido respetados y que el mal viene en definitiva de esto, estima que, decirlo y mostrarlo, es todavía de su misión.

De la misma manera estima, en fin, que es de su rol y de su misión recordar que no habrá salvación posible si no se sabe o si no se quiere volver a poner en vigor estos grandes principios, e inspirarse en ellos en la búsqueda y en la determinación de los remedios que hay que llevar al mal.

Y justamente en esto se emplean una después de otra las tres Encíclicas del 15 de mayo de 1931, del 2 de octubre del mismo año y del 3 de mayo de 1932, y particularmente la primera.

En el fondo se trata, en primer lugar, de volver a encontrar y de formular de nuevo, para un mundo que la ha perdido de vista y que muere, la gran ley moral que debe presidir las actividades de orden propiamente económico; y se trata, en seguida, de volver a encontrar también la fórmula general de las instituciones jurídicas necesarias, con el fin de traducir en el dominio concreto las exigencias del orden moral.

Hay que notar bien, sin embargo, que esta ley moral no la impone la Iglesia desde afuera y por autoridad. Se puede decir que, de alguna manera, es ella inferior a la Economía misma. Fluye, en último análisis, de la propia naturaleza y de su finalidad verdadera. En efecto, en las exigencias fundamentales de la vida es necesario saber leer, con las verdaderas intenciones del Creador, las leyes mismas que el Creador impone a la vida, en todas partes donde el Creador mismo no ha tenido cuidado de formularlas, de otra manera. Es pues, necesario aplicarse de antemano, a determinar la verdadera finalidad de la Economía general, para definir su verdadera naturaleza y sus verdade-

ras leyes. Estas no les son extrañas o extrínsecas. No hay que imponérselas desde fuera. Ellas no son en realidad nada más que las condiciones mismas de su vida normal. Para descubrirlas, es necesario todavía saber desasirse de demasiadas influencias de sistemas o de intereses que tan fácilmente pueden, en estas materias, falsear la vista y equivocar el juicio.

Puede haber, en efecto, y hay bastante a menudo, conflictos, al menos aparentes entre las exigencias de la vida económica en general y las exigencias inmediatas de ciertos intereses particulares por otra parte muy legítimos en sí mismos.

De aquí la dificultad que pueden experimentar en discernir las exigencias esenciales del Bien común, aquellos a los cuales impone el sacrificio momentáneo de su interés particular. Pero ahí está la ventaja y la superioridad de la Iglesia, cuando se trata de descubrir la verdadera ley de la vida económica. Porque, independientemente de la asistencia especial de la que se beneficia en el dominio de la verdad moral, escapa, por su naturaleza misma, a estas causas de ceguera y de error.

En la tarea que se impone en la hora actual, y que consiste en someter la economía al respecto de las condiciones esenciales de su equilibrio y de su juego normal, la Iglesia, está particularmente calificada para recordarle, en el nombre mismo de la moral, de la cual tiene la custodia, las exigencias fundamentales de la ley suprema que debe gobernar todas sus actividades.

Su intervención es de orden esencialmente moral, y no se introduce, de ninguna manera, en un terreno que no es el suyo.

Si se atreve a juzgar las soluciones de conjunto, que se proponen al problema actual, y tendremos la acasión de ver con qué cuidado de matices y de medida, pero con qué firmeza de juicio no duda también en hacerlo, es todavía en nombre de la moral, y a fin de ver si las soluciones propuestas concuerdan o no con los principios que tiene misión de volver a poner en luz y de hacer respetar.

Si aun va, sin entrar en las cuestiones puramente técnicas, hasta sugerir de una manera general, y vemos que ella no titubea más en hacerlo, ciertas fórmulas de solución concreta o ciertos tipos de organizaciones o de instituciones susceptibles de asegurar de manera casi automática, el funcionamiento normal de toda la vida económica, y orientarla ejecutivamente en el respeto de la justicia y de la justa libertad hacia el Bien común de la sociedad, es también en nombre de la moral; y porque ve en la institución que preconiza, y que no es otra cosa que la organización corporativa de antaño, adaptada a las condiciones de hoy, el medio más seguro de satisfacer las exigencias que cree deber formular, a la vez en nombre de la moral y en nombre del Bien común.

Y he aquí, como, en la hora en que el mundo angustiado trata de salir del atolladero en que imprudentemente lo han descarrado los amos poco clarividentes por los cuales se ha dejado conducir; en la hora en que sus conductores, perdidos en el seno de la noche que los envuelve y donde acaban de zozobrar sus más bellas teorías por las que se había dejada seducir, tratando de detener por medios de fortuna el peligro inmediato, se esfuerzan en descubrir una luz segura que les ayude a salir del obstáculo, la Iglesia, resueltamente se echa a la tormenta y se ofrece a guiarlos.

Ella no pretende, ciertamente, sustituir a los pilotos y tomar el timón en su lugar. Ella no pretende tampoco sustituirse a los comandantes de navíos para fijar la ruta que seguir y dirigir la maniobra que hacer. Viene a ayudarles a volver a encontrar y ha reconocer, a través de la bruma, los juegos que señalan los escollos que hay que evitar, y las señales luminosas que abalizan la ruta que seguir. A ellos les corresponderá, en seguida, saber maniobrar en consecuencia.

Pero el servicio es ya de importancia. Nosotros que, ayer todavía nos estimábamos tan ricos, súbitamente hemos llegado a ser demasiado pobres para darnos actualmente el lujo de una falsa maniobra. Esta economía que creíamos haber conducido a un grado tan

alto de prosperidad, ya no es capaz de correr, porque no está en condición de soportarlos, los riesgos eventuales de un naufragio en el cual tendría demasiadas probabilidades de zozobrar con nuestra civilización entera. Es necesario a todo precio apartarnos de este desastre.

Por otra parte no hay un hombre serio y advertido que se haga ilusión de la gravedad de la situación presente. Ella, ciertamente, no es desesperada; y es necesario desconfiar de los espíritus exagerados y peligrosos que, en la esperanza de servir intereses de partidos, tratan de sembrar el pánico, con el riesgo o con la intención de agravar todavía más el peligro; pero es bastante grave para que

haya lugar, parece, no solamente a no rechazar sino a recibir con gratitud todas las claridades que puedan ser útiles, de cualquier lado que vengan. Aun y sobretodo cuando vienen de Aquel que tiene por su misión, por las pesadas responsabilidades de las cuales está cargado, por la importancia excepcional de los intereses espirituales que están a su cargo, y por la asistencia particular que le viene de lo alto, una autoridad sin igual para recordar al mundo los principios saludables a la luz de los cuales tiene probabilidad de volver a encontrar las vías del progreso verdadero y de la verdadera prosperidad en el Orden y en la Paz.

(Continuará).

De todo el mundo

¿HABRA LIBERTAD RELIGIOSA PARA LOS NORTEAMERICANOS EN RUSIA?

A fines del año último el Presidente de Estados Unidos y un delegado de Rusia celebraron en Washington un convenio que las agencias cablegráficas presentaron entonces como de alcance meramente comercial.

Los documentos oficiales publicados después en la prensa norteamericana revelaron que ese acuerdo abarcaba también cuestiones netamente ideológicas. Se había convenido la suspensión de toda propaganda subversiva de los agentes del Soviet en Estados Unidos y además la libertad de cultos y de la enseñanza religiosa en el territorio soviético para todos los ciudadanos de la federación americana.

Sabido es que la legislación soviética está inspirada en el más insólito y necio ateísmo. "Nuestro ideal es la irreligión", decía no hace mucho un funcionario ruso a un viajero norteamericano que se horrorizaba en Moscú ante la demolición de la gran Catedral del Santísimo Redentor que se efectuaba a su vista; "el Gobierno del Soviet, agregaba el informante, no acepta la existencia de Dios".

En lo que concierne a enseñanza religiosa se prohíbe allí el funcionamiento de toda escuela privada, aunque sea para extranjeros, si se imparte en ellas cualquiera instrucción religiosa.

Pues bien, según los documentos hechos públicos por el Gobierno de Washington, el Presidente Roosevelt exigió del representante soviético, Litvinov, como uno de los puntos del proyectado convenio internacional, el derecho "de dar instrucción religiosa a los norteamericanos en el territorio de Rusia, sin restricción alguna, ya fuera dada esta instrucción individual o colectivamente" y las cartas publicadas del Presidente Roosevelt a Litvinov se refieren además especialmente a la libertad de los ritos religiosos como cosa acordada.

El Presidente de Estados Unidos es hombre de profundas y francas convicciones religiosas; dió una muestra de ellas no hace mucho en su memorable discurso en el Congreso Federal de las Iglesias. Allí en ese reciente Congreso uno de los miembros de su actual Gabinete, Mr. Wallace, dijo además que la religión era "la fuerza que gobernaba desde lo íntimo del corazón la conducta del hombre en sus relaciones con Dios y con sus semejantes" y puso en realce las creencias de la Iglesia Católica.

Nadie ha dudado pues entre los cristianos de Norteamérica, sean católicos o protestantes, de la sinceridad con que se ha anunciado oficialmente en Washington la celebración de un convenio que abre camino a la tolerancia religiosa en las extensas regiones del Soviet, convenio sujeto por cierto a la ratificación de Moscú.

Pero han venido a perturbar estas esperanzas algunas declaraciones hechas por Litvinov después de haber abandonado a Estados Unidos.

En diciembre último declaró en Roma el representante soviético que efectivamente había conversado en forma muy cordial con el simpático Presidente de Estados Unidos de la cuestión religiosa que estaba sujeta en Rusia a resoluciones legales categóricas, pero que como representante de

este último país "el no había hecho al respecto concesión ninguna".

¿Quiso él dar a entender que todo dependía de la ratificación del Gobierno de Moscou o se propuso retractar su referendum dando una opinión adversa? Nadie lo sabe.

Aún más. Los norteamericanos han tomado conocimiento, con la natural sorpresa, de que los dos órganos de la prensa moscovita que directamente reflejan el pensamiento del gobierno comunista han informado a sus lectores del gran triunfo internacional que significa para el Soviet el convenio de Washington desde el punto de vista político y comercial y al enumerar las diversas materias que abarca, silencian en absoluto los puntos referentes a la propaganda comunista en Estados Unidos y a la tolerancia religiosa en Rusia.

Y lo que es más significativo todavía, los editores norteamericanos, al recibir por correo, el órgano del partido comunista "Pravda" han encontrado un telegrama entregado por el delegado Litvinov a la agencia noticiosa soviética, en la época misma de las negociaciones de Washington, en que este dice que al ser interrogado por el Presidente Roosevelt sobre si podrían contar los americanos con la libertad necesaria para cumplir con los ritos religiosos en los bautismos, matrimonios, entierros, etc., él dirigió en respuesta al Presidente una carta "en la que explicaba lo que disponían las leyes vigentes en lo que concierne a religión". Ni una sola palabra agregó entonces el delegado soviético a su prensa sobre que fué **convenido** con Roosevelt precisamente el solicitar la modificación de dichas leyes.

Una gran incógnita se cierne pues sobre esta gran cuestión que afecta no sólo a los norteamericanos sino a todo el mundo, pues concedida la libertad religiosa para los individuos de nacionalidad norteamericana no se concibe como pueda negarla Rusia a los hijos de otros países que allí residan como extranjeros. Y abolida la cruel tiranía de las conciencias para los que **no han nacido en Rusia** y allí se encuentren, parece difícil e impracticable que puedan quedar por largo tiempo los propios nacionales en situación más desventajosa que los extraños!

La cuestión es pues si exigirá Estados Unidos que el convenio proyectado se considere como un todo inseparable y que no se borren por tanto de este acuerdo político y comercial las dos partes referentes a suspender la propaganda comunista en Norteamérica y a reconocer la libertad religiosa de los norteamericanos en Rusia.

Así lo piden con insistencia todos los hombres de orden norteamericanos y los cristianos de todos los credos a los gobernantes de Washington, manifestando la confianza de que éstos sabrán exigirlo.

Ambos países tienen acreditados en estos momentos sus Embajadores definitivos y la incógnita no tardará en despejarse.

DOS ABERRACIONES SUD AMERICANAS

Desde Chile contemplamos hoy dos aberraciones; la una lejana y la otra tan cerca cuanto es posible de nosotros.

La primera es la de dos países poco poblados y de modesta civilización, Bolivia y Paraguay, que derraman la sangre y los recursos de sus hijos para disputarse un territorio que difícilmente podrán después valo-

rizar y poblar. Es el encono colectivo lo que los distancia y les impide reconciliarse en un abrazo humanitario. Es el espíritu de fraternidad lo que les falta y la discordante vehemencia la que los ciega.

La segunda aberración es la de otras dos naciones colindantes que van talvez a la cabeza de la civilización en la antigua América española, Argentina y Chile, que como un contraste con los países anteriormente citados, no cesan de declarar oficialmente que ninguna causa política, social o mercantil las separa y cuyos gobiernos, sin embargo, nada han hecho en los últimos cuarenta años para el acercamiento práctico de sus habitantes al través de la Cordillera que los une y los divide.

Unidos serían una poderosa fuerza moral y comercial, no sólo en América, sino en el Universo; pero esta unión no vendrá mientras carezcan de vías seguras y económicas para conocer mutuamente, hombres y tierras, e intercambiar de continuo sus producciones materiales e intelectuales.

Sobra en este caso el espíritu teórico de fraternidad y falta le patriótica y humanitaria resolución de llevar a la práctica los ideales.

LOS JESUITAS EN LA ESCENA DRAMÁTICA

Una curiosa y significativa noticia teatral nos dan los diarios de España.

Cuando triunfó hace dos años la política sectaria que creyó coronar su obra con la expulsión de la Compañía de Jesús, estuvo de moda en los teatros de la península el vil drama de Pérez de Ayala, titulado "A. M. D. G." que es una atroz diatriba en contra de los jesuitas.

Los tiempos han cambiado. Va de capa caída el sectarismo.

En el Teatro Beatriz de Madrid se da hoy día en las funciones de la tarde y de la noche, sin interrupción, el drama en verso de don José María Peman, titulado "El Divino Impaciente", que no es otra cosa que la exhibición de las hazañas religiosas de San Francisco Javier, el gran taumaturgo y compañero del fundador de la Compañía de Jesús.

El público aplaude y llena las aposentaduras. Los críticos celebran la producción que pone de relieve las conquistas espirituales de España en su época gloriosa del siglo XVI. El autor acaba de ser llevado a un asiento de las derechas en las nuevas Cortes. Su obra se ha mantenido por centenares de días continuos en el cartel y se espera completar 1,000 representaciones en toda España.

El sentimiento religioso de la nueva República estaba dormido y ahora despierta.

EL CURSO ANUAL DEL INSTITUTO SOCIAL OBRERO DE MADRID

A principios del mes que corre se inauguró en Madrid el curso anual del "Instituto Social Obrero", tercero desde la fundación de la entidad. Fueron presentadas 267 solicitudes, seleccionándose 20 obreros para cubrir las plazas de alumnos internos y otros 30 para llenar las de externos.

El "Instituto Social Obrero" fué fundado por la Acción Católica y tiene por fin proporcionar una sólida y sistemática cultura social a aquellos obreros dotados de relevantes facultades naturales y enemigos de las ideas marxistas y revolucionarias, que muestren vocación y aptitud para actuar como propagandistas y organizadores de instituciones proletarias, sobre la base de respeto a la legalidad y de un plan de estricto profesionalismo apolítico.

Tenemos noticias que entre nosotros piensa fundar en breve algo semejante la Liga Social de Chile, prestigiosa institución que defiende con ahinco el ideario de la "Quadragesimo Anno". Ojalá que tal iniciativa encuentre el eco que merece, ya que se trata de una obra llamada a salvar a los obreros de las malsanas doctrinas comunistas y a elevarlos de la triste situación en que yacen.

ERRATA

Creemos del caso advertir que en el número de Diciembre último de Estudios en el artículo "La expectativa del Reino universal de Cristo", página 2, se dice, por una errata de impresión, que el número de católicos en el mundo es de 105 millones en vez de 305 millones, como se deduce de las demás cifras y porcentajes que aparecen en el mismo artículo.

Karl Adam

JESUS Y LA VIDA

Todo el mensaje de Jesús está comprendido en la glorificación de su Padre, en el cumplimiento de la voluntad, en el establecimiento del Reino de Dios. Al lado de éste "único necesario" no cabe ningún fin puramente terrestre: "Si alguien viene a Mí y no aborrece a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas y aún su propia vida, no puede ser mi discípulo" (Mateo, X, 37 Lucas XIV, 26).

¿No aparece Jesús preocupado únicamente y de tal manera de la gloria de su Padre celestial que desprecia y desconoce los **valores terrenos** y la pobre vida humana que se apega y vive de ellos?

La tierra con sus contradicciones y su lucha ¿no aparece a sus ojos sin más valor que el que puede prestarle al ser campo de lucha y terreno en que se ejercitan los campeones de Dios?

Al observar su actitud como hombre ¿qué idea nos hacemos de Jesús? ¿Lo calificaremos entre los místicos que en su esfuerzo por levantarse hasta Dios han llegado a suprimir todos los goces terrestres, considerándose como expatriados, como prisioneros de la tierra?

¿Se separó Jesús de la vida que se le presentaba tanto en los valles silenciosos de la Galilea, como en las calles ruidosas de Jerusalén, la vida con sus alegrías, sus tristezas, su exuberancia, su orgullo, su violencia?

¿O bien la aceptó y la amó, pero dominándola?

En el retrato que de El nos han dejado los Evangelistas resalta con una claridad y un relieve extraordinarios este rasgo: su pasión por su Padre celestial, **la entrega total de todo su ser a la voluntad de Dios**. "Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre" (Juan IV, 34).

Este Padre no es para Jesús el Dios frío,

sin vida, separado y alejado del mundo— como se lo representaba la filosofía griega de su tiempo y la teología judía que vino más tarde—el Dios que reina más allá de las nubes del cielo en una soledad silenciosa y que no entra en relaciones con los hombres sino por intermedio de las legiones angélicas. El Padre de Jesús es **el Dios vivo de la revelación**.

El mensaje de Jesús tiene relación íntima con la más auténtica predicación profética para la cual Dios es una presencia y una fuerza espiritual esencialmente viva y personal.

Para Jesús el Padre celestial es el que obra continuamente, el que hace lucir el sol y caer la lluvia, sobre justos y pecadores, el que viste los lirios del campo y da alimento a los cuervos; sin su voluntad no muere ni el más débil pajarillo; los cabellos de nuestra cabeza los tiene contados. Las cualidades y las capacidades del hombre, "sus talentos", vienen de Dios que un día reclamará "su bien" (Juan V, 19; IX, 4; Lucas XII, 24; Mateo, V, 45; VI, 30; X, 29 y 30; XXV, 15). El pan que nos alimenta diariamente es un don del Padre. El hombre pertenece todo entero con su ser y sus obras a Dios, tanto como la oveja pertenece a su pastor y dueño. Todo lo que sucede a los hombres, todo lo que acontece en este mundo depende de la voluntad de Dios: el curso de los sucesos, las catástrofes y las guerras, todo hasta el último día.

Todos los que animados por el soplo del espíritu han conducido a los pueblos, los profetas y Juan Bautista, han sido enviados por El; pero el enviado por excelencia ha sido su Hijo (Cf. Lucas XV, 6; Marcos XIII, 32; Mateo, X, 10; XXIII, 24, 37; Juan, I 6)

Para Jesús, penetrado del pensamiento de Dios, las criaturas con su actividad propia, las leyes de la naturaleza con su rigidez, la acción misma del hombre, no son las ver-

daderas causas determinantes y eficaces. En todo ser, en toda acción, en todo suceso, descubre en el fondo el dedo de Dios. No existe nada en definitiva sobre la tierra que no esté movido por la voluntad de Dios, todo lo que **existe y actúa no es sino una exteriorización, una materialización de la voluntad de Dios.**

Por lo tanto, la actitud de Jesús ante la realidad y el valor de la vida, no puede ser sino de simpatía, de afirmación profundamente religiosa. La realidad no aparece ante sus ojos ni como una fría necesidad que le es extraña, ni como la inexorable fatalidad del destino; es el Espíritu que se manifiesta en todas las cosas, es la más alta libertad, es la bondad más elevada, es la voluntad del Padre. A sus ojos la naturaleza "no está muerta". Sobre las colinas y los mares, en las flores y en las aves y, sobre todo, en el hombre, el privilegiado de Dios, su alma ávida de Dios, percibe, experimenta por decirlo así, la Vida, la Profundidad, la Riqueza Suprema. El contacto de Jesús con el mundo visible es un contacto con la voluntad del Padre una experiencia directa de su sabiduría, de su bondad, de su belleza. Recogimiento, oración, religión!

De ahí, nace esa manera realista, confiada profundamente sentida —que nos parece tan moderna— de ver la naturaleza. Sus comparaciones y sus parábolas, que descubren y ponen en relieve en forma magistral aquello que de ordinario pasa desapercibido, ¿no son, bajo el punto de vista literario, verdaderas perlas? Nos muestra complacido las aves del cielo que ni siembran ni cosechan; los niños de la calle, que silban, danzan, cantan y gesticulan; la alegría de la joven madre a quien el recién nacido hace olvidar sus angustias y sufrimientos; el ama de casa económica y cuidadosa que remueve toda su casa en busca de una moneda perdida. Nos descubre con amor en su camino hasta los más pequeños detalles, como otros tantos ecos de la palabra de ese Dios a quien El hace hablar mil lenguas. Pero para El este amor de la naturaleza y de todo lo que la constituye no es como para los románticos,

un entusiasmo puramente sentimental. Jesús no conoce el culto de la naturaleza por ella misma. Sólo encuentra en ella la voluntad de Dios en forma visible y viva. Su amor a la naturaleza no es sino otra forma de amar a Dios y a su voluntad, por lo tanto es un amor más verdadero y más profundo.

Con amor más íntimo, con todo su corazón, Jesús se apega más al **hombre**. La voluntad de Dios penetra de tal manera, está de tal manera unida a él que no se puede buscar a Dios sin buscar al hombre. El antiguo testamento hacía seguir inmediatamente después del primer mandamiento: "Amarás al Señor tu Dios", el segundo: "Amarás a tu prójimo". De estos dos mandamientos Jesús hace uno solo: "Haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseáis que hagan ellos con vosotros, porque esta es la suma de la Ley y de los profetas". (Mateo, VII, 12). El amor a los hombres es el amor a Dios bajo otro aspecto.

Del mismo modo que Jesús no profesa a la naturaleza culto por ella misma, tampoco profesa culto al hombre por sí mismo, es decir, considerado independientemente de Dios.

Ama a los hombres porque Dios los ama. "Es ese punto de vista, elevado el que da a su amor por los hombres su medida, su fineza, su originalidad, su matiz delicado". (Nietzsche). Es lo que hace de este amor algo verdadero, algo personal, algo tierno, algo tan real y tan profundo como el amor a su Padre: "Tomó un niño y colocándolo en medio de ellos, lo acarició" ¡Cómo sabe penetrar en el alma de los otros, compartir sus sentimientos, al ver el dolor del corazón de un padre que acaba de perder a su hija, la muda desolación de la madre a quien la muerte del hijo único deja sola en el mundo, o la angustia moral de un enfermo! (Marcos, IX, 35; Lucas, VII, 13; Mateo, IX, 2; Marcos V, 36). ¿Puede encontrarse algo más rico en sentido y más tierno en el Evangelio que su actitud con la mujer adúltera, con Pedro arrepentido, con el ladrón moribundo, lo que El dice lo que El calla?

¡Y cómo se conmueve profundamente su alma cuando toca la miseria humana! El siente compasión del pueblo. Cuántas veces encontramos esta expresión en la pluma de los Evangelistas (Mateo IX, 36; XIV, 14; XV, 32; Marcos I, 41; Lucas VII, 13).

No parece sino que ese rasgo característico de la fisonomía de Jesús los haya impresionado profundamente. En varias circunstancias no accede Jesús a las peticiones extrañas a su misión, pero jamás rehusa la de los desgraciados "y los curaba a todos" (Marcos VI, 56; Mateo IV, 24; Lucas XV, 17; etc...) (1).

En más de una ocasión no espera que se le implore (Marcos I, 25), no trepida en violar la ley del Sábado y en escandalizar a los fariseos para ayudar a los que recurren a El. No puede ver el sufrimiento a su lado; no se sentará a la mesa antes de haber sanado al enfermo que lo espera (Lucas XIV, 12).

Ninguna expresión es demasiado tierna para dirigirse a aquellos que sufren. "Hijo mío", llama al paralítico, "hija mía", a la mujer que acaba de tocar la orla de su manto y que queda curada. Cuando el dolor humano se le muestra particularmente profundo, como ante la tumba de Lázaro, o la ciudad de Jerusalén destinada a la ruina, "tiembla su espíritu" y dejándose llevar por su emoción "Jesús llora" (Juan IX, 3; Lucas XIX, 41).

La vida y la actividad milagrosa de Jesús, son — ha dicho un autor — "un amor que vence victoriosamente los obstáculos más irreductibles". El amor constituye de tal manera el fondo de su ser, que El considera como "hecho a El mismo, lo que se hace al más pequeño de los suyos".

¡Qué diferencia con Juan Bautista! En el predicador del desierto, el amor parece retraerse al último plano. Las naturalezas que se entregan con demasiado exclusivismo a la ascética, ¿no corren fácilmente el peligro

de perder la sensibilidad hasta del sufrimiento de los otros?

Jesús no vive en el desierto, vive entre los hombres. Entre ellos encuentra no solamente pecados, sino voluntades mal dispuestas, también una profunda miseria. Pero su corazón amplio, rico, se entrega todo entero al hombre y a su miseria.

* * *

Pero también participa de sus alegrías. Es este indudablemente el rasgo que hace resaltar mejor la actitud de Jesús en presencia de la vida.

"Soporta y absténte", dice Marco Aurelio con los estoicos. Para los neoplatónicos, el cuerpo es la prisión del alma. Los antiguos padres del desierto no hallaban nada mejor que decir: "Huye, cállate y llora"... Así también pensaban los justos, los separados y los fariseos del tiempo de Jesús. Según la "tradición de los antiguos, ellos habían desterrado severamente toda alegría. También Juan Bautista y sus discípulos "vivían ayunando estrictamente" (Mateo XV, 2; Marcos, VII, 4).

Jesús toma la actitud contraria a estas exigencias (Cf Mateo XI, 18; Lucas VII, 33, 34). No significa que Jesús condene el ayuno en sí mismo; El mismo nos da el ejemplo ayunando cuarenta días en el desierto. Lo que El reprocha es la disposición del alma que lo inspiraba. Era en efecto un ayuno de duelo, de depresión interior en recuerdo de las desgracias de la nación judía. "Cuando ayunes, perfuma tu cabeza" (Mateo VI, 17). Ese sentimiento de alegría interior en El, como cuando se dice un sí franco y generoso a Dios y a su voluntad paternal, es lo que dá su valor al ayuno, como a las otras obras de piedad.

El ayuno que agobia y paraliza, deja de ser bienhechor. Así también sus discípulos, "los amigos del esposo", no ayunarán "mientras esté el esposo con ellos" (Mateo IX, 14). Si Jesús rechaza las prácticas de penitencia de los fariseos, es para protestar contra todo ascetismo sombrío que hace alarde de su rigor, para predicar, al contrario, una actitud libre y serena frente a la vida. Si Da-

(1) Por ejemplo a la petición que se le hace de intervenir en un reparto de herencia (Lucas XII, 14), a la del poseído que sana y que quiere seguirle (Marcos V, 19).

¿no podrán los hijos de la casa tomar lo que su padre les presenta?

Jesús no rechaza gozar sencillamente de las pequeñas alegrías que ofrece la vida, acepta las invitaciones a la mesa de los fariseos y los publicanos, corriendo el riesgo de ser tenido por sus adversarios como hombre aficionado a la buena comida y al buen vino. Lo vemos en la intimidad en casa de Simón y su suegra, o bien en la de la atareada Marta, o bien en casa de Zaqueo, en donde El mismo se hace el invitado. En una comida de bodas es donde hace su primer milagro. Curioso es anotar que los festines alegres de platos numerosos y delicados, como la celebración de las bodas, sirven de cuadro y de motivo a sus parábolas. Aún la felicidad eterna, nos la representa como la participación al festín de Abrahán, de Isaac y Jacob (Mateo XII, 4; XI, 19; Lucas V, 29; etc...) Al abandonar la tierra, no encuentra nada mejor que ofrecer a sus discípulos una comida, la comida de la comunión perpetua de su cuerpo y de su sangre.

¿Y Nietzsche pretende que Cristo no conoció el reír franco y abierto! ¿Cómo no conocería la alegría viva, profunda y pura Aquel que anunciaba el feliz mensaje del Padre y que veía en todos los sucesos, felices o penosos, la manifestación de su voluntad siempre bondadosa?

En la voluntad del Padre es donde Jesús ama a los hombres y su vida, es decir, no solamente en sus dolores sino en sus alegrías.

* * *

Jesús se pone bajo el punto de vista de la voluntad de su Padre cuando mira y siente tan vivamente lo que brota del fondo de la pobre humanidad: sus pequeñeces y sus miserias íntimas. Ninguna mirada ha penetrado más profundamente en lo que hay de desconsolador en el fondo del hombre. "Sois malos, malvados, raza perversa, adúltera". (Mateo VII, 11; XII, 33, 39). Es el disgusto íntimo y profundo por esa humanidad corrompida.

Pero, Jesús ve en cierto modo ese fondo malo del hombre en la voluntad de su Padre. Es esto lo que le permite "soportarlos"; es lo que hace estallar a través de su alma ese grito poderoso y delicado de su paciencia sin límites, de su conmiseración en presencia de tanta miseria. No arranquéis la mala yerba, dejadla crecer hasta el día de la cosecha divina. No hay que hacer caer el fuego del cielo sobre las ciudades que no creen en El. ¿Acaso el Padre Celestial no distribuye sus beneficios y no hace brillar el sol y caer la lluvia sobre justos y pecadores? Todo eso concierne al Padre. Vosotros "¡no juzguéis!". Es imposible separar aquí abajo "los justos de los pecadores". El hijo de Abrahán, aunque fuese sacerdote o levita, no es siempre mejor que el judío o el samaritano.

Es también esta visión dominante de la voluntad de su Padre la que coloca a Jesús tan por encima de las vanas exhibiciones de la civilización humana, de todas las divisiones y oposiciones de raza, de nación, de clases. Se mantiene fuera de todas las luchas económicas y políticas. Rehusa ocuparse de cuestiones de herencia (Luc. XII, 14). "Hay que dar al César lo que es del César". "Pedro, mete tu espada en la vaina".

* * *

¿Cuál es, pues, su actitud respecto a la vida?

En El no hay cansancio de la vida, ni falta de ánimo, ni alejamiento despreciativo. Mira la realidad cara a cara, la estrecha con valor y la acepta de todo corazón. Jamás ha tratado de hacerla a un lado, ni aún quitar su mirada de ella. Jesús no es un soñador. Es realista y considera la realidad total, brillante o sombría.

Su dedicación a las cosas y a los hombres no tiene nada, por lo demás, de sumisión fría a la voluntad de Dios, que dejaría al corazón totalmente indiferente. La voluntad de Dios y las cosas de este mundo no son para El cualidades separadas que no tienen la una con las otras sino relaciones pura-

mente extrínsecas. La voluntad de Dios existe, vive y se manifiesta en y por las cosas y los seres de este mundo. Al amar la voluntad de Dios, ama las cosas en su realidad íntima, forma con lo que existe un vasto Todo cuya cohesión y unidad resulta de la vida que les comunica la voluntad de Dios. Pero, puesto que para Jesús todo lo que existe no hace sino expresar de una manera sensible la voluntad de Dios, el amor que El siente por las criaturas, está comprendido en el amor por su Padre. Al darse a la realidad creada, es a su Padre a quién El se da. No se abandona jamás a las criaturas. Desde el momento en que su atractivo está en oposición con la voluntad del Padre, pierden todo dominio sobre su alma. Una riqueza interior prodigiosa, una delicadeza siempre

segura de si misma, ennoblecen e iluminan su alegría de vivir.

El ayuno prolongado en el desierto, las noches pasadas en oración, su manera de vivir tan sencilla y tan pobre, su predicación tan austera, su abnegación con los pobres y los miserables, la exposición de sus doctrinas y sus discusiones tan oportunas y llenas de sentido con sus odiosos adversarios, sobre todo el heroísmo de su vida y de su muerte, todo eso no puede venir sino de un alma profundamente dueña de si misma que no se deja ni dominar ni arrastrar por la vida.

Jesús, pues, no ha temido la vida, ni la ha despreciado, ni tampoco se ha dejado conducir por ella; se mostró superior y la dominó.

Carlos Silva Vildósola.

Reflexiones en el Centenario de la Redención

Hay sobre la tierra una excrescencia rocosa junto a la antigua Jerusalen, apenas perceptible ahora bajo los santuarios que la cubren. Los hebreos la llamaron Gólgota, el griego tradujo Kranion y del latín Calvarius llegó a nosotros el nombre que le damos.

Fué lugar destinado a las ejecuciones capitales, sitio de dolor y de infamia. Y había de ser para siempre signo de contradicción y fuente de amor y de divina revelación.

Y es tan alta la pequeña roca del Calvario que se la vé desde todos los sitios de la tierra y millones de hombres tienen vueltos hacia ella sus ojos y puesta en su cumbre toda esperanza.

Por sus ásperos flancos subió un hombre cargado de una cruz y corrió de ella la sangre que la fecundó y produjo ríos redentores. Y junto con apagarse el último rayo de luz en los ojos del que moría en la cruz, se encendió allí una gran luz eterna que por siglos penetra el pensamiento de la humanidad lo guía, lo inspira, lo sostiene en sus luchas, lo mantiene en la vía de su origen y de sus destino inmortales, le enseña el camino que lleva a la causa primera y le explica todos los misterios de la vida transitoria y de la que no termina.

Desde lo alto del Calvario se vé el panorama de la historia como desde ningún otro punto material o ideal. Y así como los topógrafos para levantar un plano elijen alturas que van uniendó en una red de triángulos, así para hacer un croquis de la marcha del hombre en los siglos, hay que fijar ante todo ese único, centro de la historia, polo de las ideas, máxima cumbre del espíritu, en que un Dios hecho hombre sufrió el supremo martirio por amor a la humanidad, para redimirla y elevarla hasta la divinidad.

Desde allí se divisan las otras cimas ligadas al Calvario como una cadena de cerros lo está a la altura suprema que las domina.

Porque de allí salieron todas las fuerzas espirituales que fueron levantando la dura costra de la mente humana y produciendo la aparición de hombres enviados como guías e intérpretes.

Describir el panorama que desde el Calvario se descubre es hacer el recuento de todo lo que la humanidad ha pensado de más alto, desde que el Hijo de Dios ofreció en sus rocas el único holocausto que podía redimirla. Y esto no cabe en los términos de un artículo, ni puede ser expresado sino en síntesis deficientes y mezquina por quién apenas puede traer el homenaje de su amor a Cristo y de su esperanza en El.

Doce hombres testigos de sus milagros y oyentes de su predicación creyeron en Jesucristo, proclamaron por boca de Pedro que si otros lo creían Juan el Bautista, o Elías o alguno de los profetas, ellos creían que era el Cristo, Hijo de Dios, Mesias prometido para la redención.

Pero hubo otro que no sólo no lo vió en su carne mortal, sino que lo persiguió en sus discípulos, con el celo fanático de un fariseo, con el ardor de una alma impetuosa. Otro que un día cayó deslumbrado por la luz increada y oyó del mismo Jesús la queja amarga y supo que era elegido y se hizo apóstol de la nueva doctrina y el alma pensante de su predicación a los gentiles. Pablo de Tarsos, el llamado del camino de Damasco, judío perseguidor de los apóstoles y sus discípulos, está encendido de un inmenso amor a Cristo, desciende de El, nó por generación carnal, sino por misteriosa elección. Habla una lengua desconocida de él mismo y todo lo vé en Cristo Jesús. No vive Pablo en sí mismo, sino que Cristo vive en él. El cristianismo no es para el predicador de los gentiles sino la vida de Jesús por la semejanza con sus sufrimientos y sus virtudes en esta peregrinación transitoria, y la vida con Jesús cuando su Señor llame.

No lo ha visto Pablo a su Maestro en los días en que vestía carne mortal, pero proclama que lo vió después de la Ascensión y por eso, porque lo vió, porque recibió este don supremo, se llama apóstol como los otros que lo habían seguido en sus caminos de la tierra.

Para San Pablo el Cristo no ha abandonado este mundo, sino que se queda con nosotros en forma de su Iglesia. Esta idea es fundamental en la predicación de San Pablo. La Iglesia no es distinta de Cristo, sino que es su cuerpo. El Apóstol habla unas veces de vivir en la Iglesia, como diría vivir en Cristo. El cristianismo es la vida en la Iglesia. Para esa vida enseña la subordinación de los distintos miembros, cada uno en su lugar y su función, es una jerarquía cuyos caracteres define y limita y armoniza. Nace de sus enseñanzas el concepto social de la Iglesia como un solo cuerpo en que todos los pueblos entran. A diferencia de la ley antigua profesada por San Pablo con tanto ardor en sus días de judaísmo activo, la ley según la cual Dios había escogido un pueblo, ahora toda la humanidad está llamada al nuevo reino, a la unión con el Cristo en el cuerpo suyo que es la Iglesia. Y afirma así no sólo la subordinación, sino que además advierte contra los movimientos del individualismo que pudiera apartarse de la autoridad encargada de regular la obra del Espíritu en cada uno de los miembros, de ordenarlos a todos al fin supremo y conservar la divina armonía y el orden eterno.

Pero este judío, hijo de judíos, fariseos, hijo de fariseos, como él mismo se llama, es ciudadano romano, y admira la civilización greco-latina en que se ha formado su espíritu. Su doctrina está impregnada de un sentimiento humano profundo y nobilísimo. Nada hay en ella de duro y excluyente. Reconoce el orden impuesto por Roma en el mundo civilizado. Rompe los moldes de la religión nacionalista de los hebreos y predica una libertad espiritual, amplia y acojedora. El Evangelio de Cristo necesita una humanidad grande, completa, para que la obra de la Redención sea fecunda. "El vino nuevo,

dice un escritor, aspira a salir de los viejos recipientes de Israel y a llenar los odres nuevos."

En tanto el discípulo amado escribía su Evangelio en que revelaba en nombre de Jesucristo el misterioso proceso del Verbo encarnado, la doctrina en que está todo el germen de los futuros dogmas y toda la concepción de las relaciones entre la naturaleza y la gracia. La palabra Verbo era equivalente al Logos de los griegos. Sólo que el Logos helénico era una vaga idea de un intermediario entre el mundo y Dios, el Logos era la razón, la ciencia, la vida. Mientras que el Verbo del Evangelista es la palabra de Dios, es el Cristo vivo y personal, mediador y revelador. El alma del mundo antiguo se abre a esta concepción más alta, más pura, más precisa, que no es una sombra de Dios, sino Dios mismo. Cuanto algunos espíritus escogidos de la cultura helénica habían soñado o entrevisto o aspirado de más noble y más puro amor, se realiza para ellos en la enseñanza de San Pablo. Y el anuncio maravilloso satisface las inteligencias: el Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros.

La doctrina de amor y fraternidad introducida de esta manera en el mundo greco-romano no provoca violentas transiciones, no es, como erróneamente se suele sostener, una revolución. Los que antes sufrían opresión y ahora sienten libertad espiritual, los que antes estaban humillados y ahora oyen de su origen excelso y sus destino gloriosos, se penetran del entusiasmo y fervor que debían despertar estas revelaciones; pero la Iglesia no procede con violencia sino con prudente serenidad. El cristianismo no destruye ni quiere construir su edificio sobre escombros y ruinas como las revoluciones, sino que junta los elementos del mundo antiguo, los purifica y dignifica, predica a los esclavo la sumisión, mientras llega la hora de proclamar su libertad, enseña a los amos la bondad y caridad, recibe a todos los hombres en sus jerarquías, se adueña de la sociabilidad antigua para conducirla dulcemente a la realización del ideal creado por

Cristo y que su Iglesia está encargada de mantener.

El cristianismo debió aparecer complejo y asombroso a la mente de los hombres más cultos de aquellos tiempos. Es una religión de amor y de austeridad moral; está fundada en el misterio de un Dios hecho hombre y reposa sobre la razón y la clara inteligencia; es religión de sacramentos y de conocimientos. Y todo se unifica, se aclara, se hace no sólo posible sino aún necesario, preciso, visible, en la persona del Cristo mismo.

Los ideales helénicos y los ideales latinos se concilian en cuanto tienen de espiritual y de legítima adquisición del entendimiento, dentro del cristianismo. Hombres cultivados y refinados acuden a la religión de Cristo y pocos siglos después de que San Pablo ha formulado su constructora enseñanza y fijado, puede decirse, toda la teología cristiana, hay un enjambre de altas inteligencias ganadas para la nueva doctrina, que la exponen, la definen, se hacen sus apologistas y van construyendo el edificio cuyas bases habían hallado en el Evangelio y las Epístolas.

El fenómeno espiritual más interesante durante varios siglos de la vida de la Iglesia de Cristo es el nacimiento de la vida monástica. Jesús había predicado para todos la penitencia y el reino de los cielos; proponía la pobreza, la continencia y una unión más estrecha con El mismo como ideal de perfección. San Pablo confirmaba esa distinción. Llega un día en que los continentes, los pobres voluntarios, los que buscan la unión más íntima ya no están como antes mezclados con la multitud de los fieles, sino que se agrupan para hacer vida común y adoptan reglas austeras. Las instituciones monásticas se difunden en Oriente y en Occidente y junto con atraer numerosas almas selectas para la vida contemplativa, se convierten en asilos del pensamiento, refugios de la espiritualidad, de la ciencia, de la elevación en todos los órdenes de la actividad del entendimiento humano. El ideal de perfección se presenta a los ojos de un mundo

ya preparado para seguir esta evolución del pensamiento cristiano.

Como un postrer resplandor del mundo antiguo, o acaso sería mejor decir, como un primer albor del mundo moderno, surge en Africa, dentro del Imperio vacilante, uno de los más grandes genios que ha visto la humanidad. San Agustín crea en el orden filosófico un sistema que recoge la cultura antigua; pero al mismo tiempo ensancha la teología cristiana y abre un horizonte nuevo a lo que ha sido llamado el cristianismo interior. Un diálogo maravilloso de los Soliloquios resume su aspiración: "¿Qué deseas conocer?—Dios y el alma.—¿Nada más?—Absolutamente nada más".

No habían predicado los apóstoles una religión exterior, pero se dirigían más bien a la humanidad entera. San Agustín penetra en el individuo. Apoyado en el dogma, poniendo el dogma como fundamento inmovible, estimula una intensidad poderosa de vida interior en la cual el amor infinito atrae hacia sí el amor creado, vinculación de dos espíritus, el humano que no halla sino miseria, y el Espíritu infinito que es verdad y belleza inmutables. Pero esta vida interior se hace en la sumisión a la Iglesia, a sus concilios, a sus pontífices, con sus sacramentos, sus ejercicios de mortificación y todas sus formas de oración. Lo interesante en San Agustín es que la fuerza incontrastable de la vida interior vá unida a una dependencia íntima de la Iglesia, a una gran libertad y una entrega total a Dios.

Aliada ya al imperio romano, la Iglesia cristiana resiste victoriosa las invasiones de los bárbaros y se hace la heredera del sentido del orden y la unidad que el Imperio había representado en el mundo. Toda la estructura social de la Roma dominadora del mundo se conserva espiritualmente en la organización de la Iglesia que no reconoce nacionalidades ni razas, sino que legisla y administra para todos los pueblos de la tierra. Ya no es la Iglesia un pequeño grupo de hombres sino que se han ensanchado y constituye la única fuerza que dá fundamento a las familias, a las sociedades civiles y

puede inspirar la vida pública. Todos los aspectos de la humanidad han sido penetrados por el cristianismo. Y comienza a florecer el sistema que había de constituir la etapa más ilustre del pensamiento humano en muchos siglos.

La Edad Media asiste al desarrollo prodigioso de la idea de Iglesia, de sociabilidad cristiana en la vida práctica. El reino de Dios se realiza en la tierra, está presente y visible, sin que se olvide su realización perfecta en el futuro celeste. La piedad se humaniza en el sentido de que se hace más accesible a todos. Así los obreros se acogen a la protección de los santos, las autoridades civiles consagran con su prestigio los actos del culto y aceptan el reinado de la Iglesia de Cristo sobre las almas, los nuevos imperios o reinos se constituyen en acuerdo con la Iglesia.

Al mismo tiempo se definen y como que se cristalizan durante estos siglos los dogmas y los sacramentos. Vida interior, reglas monásticas y religión exterior por el cumplimiento de los ritos y la sumisión a los sacramentos, se armonizan y son una sola y única dirección de las almas.

En el portentoso florecimiento de los grandes espíritus cristianos de la Edad Media, pocos nombres altos como los de San Bernardo, San Francisco de Asís y el autor del libro de la Imitación de Jesucristo.

San Bernardo encuentra en el Cristo clavado en la cruz a la vez un hermano y un Dios. Con sencillez ingenua, con una ternura íntima y ardiente, pide que el Cristo grave en su propio cuerpo sus llagas rojas, sus heridas profundas. Se siente ya transpasado de estas heridas y suplica al Señor que atraiga hacia sí su alma enamorada de la infinita belleza y el dolor infinito. Así unido a su Dios le pedirá que lo sane, que lo perdone. "Que no te desagrade mi audacia, dicen unos versos latinos de imponderable belleza impresos al final de las obras de San Bernardo, enfermo y manchado, pueda tu sangre lavarme, sanarme y dejarme sin culpa."

En San Francisco de Asís se juntan estas ansias de unión con el Cristo crucificado y

de identificación con sus llagas, a una observancia estricta de los preceptos del Evangelio, especialmente la pobreza, y todo ello envuelto en una gran sabiduría sobrenatural que impone la supremacía del espíritu sobre la letra de los preceptos. Si San Francisco es, sin duda, el hermano de todas las criaturas de Dios y canta en medio de la naturaleza creada la gloria y el amor del Creador, también es el servidor de Dios, y el obediente súbdito del Pontífice de Roma, es decir de la Iglesia. San Buenaventura ha dicho en su admirable descripción de la impresión de los estigmas, que para San Francisco la semejanza con Jesús no podía alcanzarse solo por la mortificación de la carne, sino por el incendio del alma en amor y adoración. El santo de Asís no es lo que ahora pretenden los literatos que lo admiran como poeta; es el hombre que llegó más lejos que otro alguno en su aproximación espiritual a Jesús y estuvo más cerca de realizar en sí la imagen del modelo divino.

El libro de la Imitación de Jesucristo es un profundo análisis de la vida interior en forma sencilla, muy humana, con un conocimiento único de las fuerzas y las debilidades del alma. La inquietud espiritual, la necesidad de ternuras, las revueltas del amor propio, todos los movimientos de la psicología están previstos en esta obra profunda y sencilla cuyo autor no se ha detenido a buscar un estilo ni a sutillar lo que se le presentaba como una iluminación blanda y fácil. Vida interior, desprecio del mundo y renuncia a todo, son las condiciones que la Imitación pone a la unión con Cristo.

Entre tanto, a través de toda la Edad Media, un pensamiento filosófico germinaba en el cristianismo. La doctrina de Jesús explicada por sus apóstoles, ampliada por sus apologistas y sus expositores de diversas épocas, dominadora del entendimiento por su gran libertad y la incommovible seguridad de sus fundamentos, había ido elaborando el sistema que debía llegar a su perfección en la mente de Tomás de Aquino. Sin entrar al examen de la filosofía escolástica, es preciso señalarla como una de las cum-

bres del pensamiento cristiano, porque ella es una prueba de la penetración que ya hemos observado del cristianismo en todos los órdenes de la actividad intelectual, en toda la existencia de la humanidad. La idea religiosa no sólo ha infundido nueva vida en los dogmas, en la teología, sino también en la filosofía.

Nunca tuvo la humanidad un intelectualismo más alto, es decir nunca hubo para la inteligencia tal necesidad de razonar y en pocos periodos de la historia de la filosofía hubo acuerdo más perfecto de la ciencia y la fe. Santo Tomás de Aquino construyó un sistema completo que hasta hoy no ha sido igualado como sistema por ningún otro esfuerzo del humano entendimiento. El pensamiento de Aristóteles y el de San Agustín le dan bases o puntos de partida, y de allí eleva el edificio de su filosofía y de su teología, prodigios de honradez intelectual, sometimiento humilde de la razón a la revelación en los primeros principios, atrevida conquista de la lógica, síntesis superior que resume cuanto hasta entonces había descubierto la humanidad en el terreno de la inteligencia y produce la fórmula definitiva de las disciplinas para el dominio de la verdad científica.

La revuelta moral e intelectual del siglo XV busca en el libre examen, en una renovación del paganismo y desprecio de la tradición, la eliminación de la Iglesia. Todas las audacias de esa época estimulan esa revolución espiritual que un día se hizo carne en Martín Lutero. Renace en Europa el ideal pagano y es lógico que las inteligencias sean conducidas por él a un naturalismo que pretende alejarlas de la Iglesia y del concepto cristiano de la vida.

Cualquiera que haya sido la fuerza con que Lutero y Calvino influyeron sobre su tiempo, es indiscutible el renacimiento católico que produjeron sus predicaciones. Los estudios teológicos y filosóficos recibieron, con el peligro de los cismas, un impulso vigoroso. El Concilio de Trento afirmó las verdades católicas con energía y sin cerrar el campo a los trabajadores intelectuales

que por su parte debían combatir las nuevas tendencias.

Frente a los reformadores se alza San Ignacio de Loyola. Al individualismo religioso opone la sumisión absoluta a la Iglesia, el voto especial de obediencia al Papa. Organiza con genio portentoso una compañía militante de clérigos sometidos a regla, presenta a la anarquía luterana el más riguroso sentido del orden y la disciplinas que jamás haya habido en el catolicismo.

Al mismo tiempo, San Ignacio y sus discípulos ofrecen el espectáculo de una gran libertad de acción que es el prodigio de la Compañía de Jesús, una flexibilidad asombrosa que los lleva desde las grandes Universidades donde enseñan y discuten, hasta las remotas regiones donde introducen por vez primera el Evangelio.

Adoptan en filosofía la escolástica, sistema completo y penetrado hasta el fondo de la armonía entre el dogma y la razón. En la piedad activa, recojen toda la tradición cristiana desde sus tiempos más lejanos hasta los que ellos viven, y renuevan la práctica de los sacramentos, de las reliquias, de la invocación de la Virgen María y de los santos, de las peregrinaciones y los votos en los santuarios, todo lo que los protestantes abominan y denuncian. Hay en San Ignacio valentía de soldado y previsión de estadista.

Y todo este programa de acción está animado por el esfuerzo de hallar a Dios en todas las cosas y de trabajar en lo grande y lo pequeño sólo para su mayor gloria.

El cardenal Newman dice, que tres grandes patriarcas han ejercido sobre la Iglesia una influencia preponderante: San Benito, que es la poesía, Santo Domingo, que es la ciencia, San Ignacio que es la prudencia, el conocimiento exacto del corazón humano.

Otra alma española, la de Santa Tresa de Jesús, llega para hacer la unión de la prudencia y la sabiduría. Es la más humana y las más divina de todas las santas; su sentido práctico, su heroísmo y su contemplación se unen en sublime forma. Extasis de dolor, éxtasis de alegría, fundaciones nume-

rosas, persecuciones y dificultades, enfermedades y gozos inefables, alegría y naturalidad deliciosas en que el sentido del humor se mezcla con la ternura femenina, sensibilidad exquisita de artista y una como inconsciente intelectualidad poderosa que la eleva a las mayores alturas de la ciencia de Dios, todo está en Santa Teresa, a quién podemos llamar la creadora de la mística católica en su acepción más elevada. Y nunca hubo más noble espíritu sometido con más humildad y sinceridad más absolutas a la Iglesia y sus enseñanzas.

Del otro lado de los Pirineos, San Vicente de Paul concibe todo lo que hoy se llama la asistencia social y la realiza varios años antes de que la filantropía o el estatismo inventaran la expresión. El catolicismo entra en la vía de las obras, de las aplicaciones sociales del principio de la caridad. Y es lo más interesante para seguir el pensamiento cristiano que estas obras exteriores, esta asistencia social, como ahora decimos, no destruye, sino que estimula la vida interior que sigue siendo la esencia de la doctrina y la práctica. En torno de San Vicente y por el ejemplo mismo de su activa existencia, brotan almas que suben por el camino de perfección hacia la unión con Jesucristo y miran como medios admirables para esta ascensión los sacrificios hechos por amor de los pobres que representan a Cristo.

Ningún maestro de espiritualidad más alto que San Francisco de Sales en su época. Su ascetismo, expresado en la más bella forma literaria que han conocido las letras francesas, tiende a una sola cosa: el don de la voluntad humana a Dios. Bajo su tuición, espíritus sublimes como el de Madame de Chantal, buscan la dependencia total de Dios, la generosidad del alma que se desnuda de todo, aún del legítimo placer espiritual, y acepta los actos duros o gratos, solo por sometimiento a la voluntad superior. Toda blandura, toda ansia de puro goce desaparecen. "El espíritu de Dios, dice la inmortal discípula del célebre Obispo, es alegre y vigoroso, no es tierno y lánguido."

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús

es una grande etapa de la historia cristiana y talvez la mayor de los tiempos modernos. Ella despierta en los cristianos y mantiene cada día más fuerte la concepción de Jesús hombre con un corazón humano y divino a la vez, Jesús que ha sufrido por nosotros angustias de muerte, Jesús que tomó nuestras debilidades al vestir nuestra carne frágil. Por esta devoción entramos más libremente en el misterio de los padecimientos de su amor. Santa Margarita María de Alacoque nos ha guiado por divino mandato a la contemplación del Cristo cargado de las culpas del mundo. Y por ahí vamos hacia la doctrina de la expiación del pecado por los sufrimientos del Hombre-Dios. Lejos de ser una devoción debilitante, es acaso la que nos puede inspirar pensamientos más fuertes y profundos. Y como se basa exteriormente en su símbolo perceptible y comprensible para toda clase de hombres, se comprende que se haya difundido tanto y sea hoy una de las columnas de la vida católica.

Todo el siglo XVIII con su filosofismo, su espíritu de libre pensamiento, su deísmo, su negación demoleadora, no hizo más que preparar la terrible desorientación con que se inició y vivió casi hasta su término el siglo XIX. El individualismo, que ha nacido de la evolución natural de las doctrinas protestantes, se introduce en el terreno social y económico. Y del otro lado el socialismo, disuelve la personalidad humana, la funde en una noción evolutiva en que dejamos de ser los herederos de un pasado espléndido para ser únicamente embriones de un porvenir obscuro.

El principio de la unidad de la Iglesia reafirmado con nueva fuerza en el siglo XIX, cuando ya el catolicismo logró organizar su defensa, restablece el equilibrio de las ideas. En la Iglesia el individuo tiene su lugar preciso, conserva su personalidad y su libertad; pero al mismo tiempo forma parte de un todo que en su expresión más alta es el reino de Dios, es Cristo.

Le toca al Pontífice León XIII definir lo que llamamos el catolicismo social, o sea

la restauración de las sociedades en Cristo por la aplicación de su doctrina y la infusión de su espíritu a los pueblos. El Pontífice ha visto venir la crisis que ahora presenciarnos y sabe que para evitarla o para curar de sus males a los pueblos no bastan humanas fuerzas. Será menester que renazca el espíritu cristiano y el Estado vuelva a ser penetrado por el Evangelio. El Cristo debe reinar en las leyes, las instituciones políticas, la casa de los ricos y el taller de los obreros. Aborda el problema económico y defiende al hombre como alma redimida por Cristo contra el maquinismo y la nueva esclavitud. El gran Papa enseña que toda la civilización de occidente, la civilización cristiana, está fundada sobre esa concepción que es preciso restaurar. Justicia, caridad, reinado de Jesucristo, he ahí las sencillas fórmulas que León XIII propone a los hombres.

No fué escuchado. Ni aún en el mundo católico hubo suficiente número de hombres capaces de entender el valor de estas advertencias y de prever los resultados de no seguir las en su integridad.

La gran guerra de 1914 halló a la humanidad presa de conflictos sociales que debían agravarse después de la gran matanza. Pío X, cuya obra de reformador de la Iglesia en su disciplina y en su íntima vida todavía no alcanzamos a medir, pero que es una de las más vigorosas de toda la historia, ha dicho esta palabra admirable poco antes de la catástrofe mundial, cuando aún no se preveía su estallido ni su obra nefanda sobre la cultura europea: "Trabajar por la reforma de la civilización es obra religiosa de primera importancia, por que no hay verdadera civilización sin civilización moral, y no hay civilización moral, sin verdadera religión."

Otro Pontífice Romano, algo olvidado por el corto tiempo de su gobierno, Benedicto XV, formuló los principios del catolicismo internacional, superior a las divisiones nacionales, seno inmenso de Dios donde todos los pueblos deben entrar con iguales derechos a la sombra de la Madre común

que es la Iglesia. Y enseñó a la vez que los Estados no podían encerrarse en un egoísmo individualista, porque existen vínculos sociales sagrados de pueblo a pueblo como de hombre a hombre. Pero la Liga de las Naciones, que solo la Iglesia podía realizar con un sentido moral que le hubiera dado autoridad, se hizo fuera de ella y sus resultados se convierten hoy en una agonía lastimosa.

Al terminar esta visión rápida, sumaria, tan incompleta y tan débil, de la marcha del pensamiento cristiano en los siglos, hallamos a la Iglesia de hoy, única institución que no vacila, que no teme, que se sabe fuerte y eterna, de pié frente a la más grave amenaza que jamás haya sufrido la civilización desde los tiempos de las invasiones de los bárbaros destructores del imperio romano.

Un solo hombre habla ya con autoridad universal. Debilitados los más poderosos imperios por la crisis económica, devorado el principio de la autoridad por las doctrinas disociadoras, presas las multitudes de un malestar incurable, desorientada toda la humanidad porque perdió de vista el Calvario y su luz, solo de Roma salen voces que dan rumbo y guían e infunden esperanzas.

La Iglesia refuerza su unidad bajo el Pontificado de este asombroso Papa Pío XI, intrépido y genial, y llama a sus hijos de todas las condiciones a formar con la Acción Católica el nuevo ejército que mantendrá y difundirá la fe, realizará reformas sociales, infundirá nueva vida a las obras de piedad y de caridad, y desarrollará en las almas aún más ardiente amor a Cristo, a su reinado universal.

Amenazada la familia, institución primaria, el Papa define sus fundamentos sagrados y la defiende. Corrompida la educación, el Papa señala sus principios y denuncia su rumbo disolvente. Agobiados los obreros bajo la tiranía de fuerzas que han materializado toda la existencia y desconocido la parte espiritual del ser humano, Pío XI recoge después de cuarenta años la poderosa visión de León XIII y proclama nuevamente la enseñanza de la Iglesia católica en favor de la justicia social, de la caridad, de la paz.

Y se diría que a través de tantas vicisitudes y mutaciones de los tiempos, solo el cristianismo integral conserva fuerzas para amparar la civilización, dar esperanzas a los pueblos, guiar al entendimiento. Nada nuevo en lo fundamental: restaurar en Cristo, como quería San Pablo, vivir en Cristo y con Cristo, cumplir los mandatos evangélicos, buscar el reino de Dios, realizar en la Iglesia, que es el cuerpo viviente de Cristo sobre la tierra, con sus sacramentos, su jerarquía y su dogma, la voluntad de Dios.

Partimos de la roca donde Jesús dió su vida. Llegamos a ella. Y el pensamiento cristiano, en maravillosas etapas que resumen toda la historia de la cultura humana y toda la vida de todos los pueblos, se vuelve ahora, en el centenario de la Redención,

hacia el mismo punto de donde partió.

¿Qué hay hacia adelante en esa obscura amenaza que pesa sobre todas las naciones? Nadie puede decirle. Guerras, matanzas, odios, convulsiones, acaso la destrucción de cuanto miramos como orgulloso tesoro de la humanidad civilizada. Todo vacila, todo puede derrumbarse de un instante al otro. En el terreno del pensamiento la confusión caótica de las ideas anula ya todo progreso filosófico.

Solo una institución está serena y tiene conciencia de su inmortalidad. Nada prevalecerá contra ella. Solo la Iglesia Católica tiene inmortal vitalidad que ofrecer a un mundo que se derrumba sobre su hueca estructura materialista.

Wells y su Prehistoria

Una historia novelesca

Entre las innumerables obras extranjeras que nuestros editores han reimpresso en el último año, figura la llamada "Breve Historia del Mundo" de Wells que apareció en Londres hace más de quince años.

Su prolífico autor es un hombre que se ha dedicado principalmente a obras de imaginación que llevan envueltas siempre en su desarrollo una tesis de alcance social o religioso. Como novelista no ha logrado Wells producir algo que subyugue la atención de sus lectores; la tesis preconcebida disipa, a cada paso, en sus novelas, la emoción estética.

Sus dotes artísticas para pintar con maestría un cuadro aislado de sucesos son, sin embargo, manifiestos. De ahí que a nadie sorprendiera cuando anunció hace varios años su propósito de escribir una historia que, como él dice, se leyera "con la misma facilidad de una novela". Con esa idea escribió su "Bosquejo de la Historia" en dos grandes volúmenes y su "Breve Historia del Mundo" que no es sino un extracto de la primera. Esta última es la que se ha reimpresso en Chile.

Desgraciadamente al asumir dicho autor el papel de historiador, no ha querido ver los hechos del mundo tal como son sino únicamente en la forma que se armonizan con sus ideas.

Wells es un escritor de convicciones manifiestamente socialistas e irreligiosas. El no cree siquiera en la existencia del Creador del mundo y por consiguiente tampoco acepta su providencial influencia sobre la humanidad. Afirma que Jesús, a quien reconoce como un hombre de bien, jamás declaró ser el Hijo de Dios encarnado; las expresiones clarísimas que aparecen en boca de Nuestro Señor a este respecto en los Evangelios han sido, según Wells, interpoladas por sus discípu-

los; no se detiene a probar esta falsificación, por cierto, sino que la afirma lisa y llanamente. Considera además en sus historias a todas las religiones que han existido como un movimiento imaginativo y sensacional que explotan sus sacerdotes y corifeos. La religión que ha pregonado Wells en alguna de sus obras es simplemente la de un evolutivo progreso humano.

En su Historia no entra en polémica ideológica sobre estos puntos que asegura son ajenos a su propósito, pero va presentando fría e insistentemente los sucesos del mundo y las creencias de los pueblos en forma que no contradigan y sirvan sí a sus ideas. La imaginación y la afirmación rotunda son los únicos medios de que se vale para presentar así los hechos. De esta manera sus llamadas historias resultan, en todo lo que se relaciona con estas materias, tan novelescas como sus mismas novelas.

*

Empieza Wells ambas Historias dedicando más de una docena de capítulos a describir lo que debe haber sido la tierra antes de la existencia del hombre. Su propósito al abordar extensamente en un compendio de historia de la humanidad, este tema, para el cual no tiene él preparación especial, queda de manifiesto desde las primeras páginas. Como dice el teólogo inglés Drowney, esa tendenciosa descripción está destinada a producir la impresión de que no se necesita la hipótesis de Dios para interpretar racionalmente el universo.

Coordina él, con buen arte de escritor, las opiniones científicas que estuvieron en boga hace más de medio siglo y que hoy califican de absurdas la mayoría de los sabios y cuenta, en lenguaje pintoresco y al alcance de todos, cómo, condensada la

nebulosa y enfriada la tierra, fueron apareciendo ciertos cuerpos semi vivientes y cómo estos fueron transformándose en seres orgánicos y habituándose a permanecer unos en el agua, otros en la tierra, otros en el aire y cómo la ley de selección los transformó por tendencia natural en las diversas especies animales que pueblan el mundo desde el dinosaurio hasta el microbio invisible y desde el jumento hasta las águilas. En el ramo vegetal había pasado igual cosa, según este testigo fiel; aquella materia primitiva había evolucionado lentamente hasta producir el rastreo musgos, las gramíneas, la frondosa encina, etc.

El autor pasa por alto la dificultad filosófica insalvable de que no hay efecto sin causa, de que nadie puede darse existencia a sí mismo, de que la materia inerte no puede haberse fijado las leyes físicas de la fusión, gravitación, fuerza centrífuga, etc., a que está sujeta, ni haber ideado toda la gama de su constitución atómica, ni las normas de sus innumerables combinaciones físico químicas que apenas alcanza hoy día el hombre a conocer.

Nada de esto arredra a Wells, ni menciona la dificultad siquiera. Y montado en el caballo alado de su fantasía, nos cuenta en seguida aquel nacimiento espontáneo de la vida vegetal orgánica y luego el de la inteligencia humana en la misma forma.

Es de interés seguirle aquí paso a paso.

* * *

Cornidos aquellos millares de siglos en que sólo existía la materia inerte, nos describe en efecto minuciosamente una época en que, al borde de los pantanos de la primitiva era paleozoica, aparece algo que no es del todo insensible, un sér gelatinoso que comienza a palpar y que posee una nueva cosa, "a new thing", como el dice para no abandonar su fraseología materialista y esta cosa es un principio de vida.

¿Cómo pudo una parte de aquella materia inerte que formaba la tierra convertirse en estos nuevos seres dotados de cier-

ta facultad de moverse, de crecer, de alimentarse y de reproducirse lo que, según el mismo Wells, es la característica de la vida?

El no pierde una línea de su texto en explicar como fué dable que aquello aconteciera. La afirma contundentemente con la elegante suficiencia del novelista que, para fines de propaganda antiespiritualista trata de vulgarizar errores de la ciencia.

Ninguna duda le suscita la cuestión de como pudo en una época dada la materia bruta superarse a sí misma y darse vida sin el auxilio de un ser creador. Por el contrario, agravando su aberración filosófica, sigue contando con entusiasmo cómo aquella gelatina invertebrada y amorfa se fué lentamente transformando, a impulsos de sus propias necesidades internas y de los contra choques climatéricos externos, en todas las innumerables y bellas especies animales que pueblan el globo, especies inmensamente superiores en constitución orgánica y en instinto a aquel cuerpo apenas viviente que palpitaba al borde de los pantanos y que los escritores darwinistas de mediados del siglo último señalaban como su directo antepasado.

Wells no detiene por cierto este proceso en las especies simplemente animales y afirma, con igual suficiencia, que una de esas especies animales ya más perfeccionadas se convirtió, por sí misma, poco a poco, mediante sucesivas transformaciones en el hombre con su inteligencia y todo su esplendoroso desarrollo.

En la traducción de la "Breve Historia del Mundo" que circula ahora en Chile, se dice, en una forma que provoca a risa hasta los escolares, que aquella gelatina apenas viviente, arrojada por las mareas prehistóricas, es el origen de la libre conciencia humana. He aquí las palabras textuales que aparecen en su página 14: "La vida ha ido desarrollándose desde un simple agitarse en el lecho fangoso de las mareas hasta la libertad, el poder y la conciencia".

Para que no quede duda de su pensamiento veamos como él explica esta tran-

sición estupenda del animal instintivo al hombre inteligente.

* * *

Nuestro novelista, al seguir historiando la prehistoria, nos narra como, después que apareció en la tierra la especie de los animales mamíferos "susceptibles de educación" y de cierta sociabilidad, se pudieron ver "monos con algunos atributos cuasi humanos". Nos habla en seguida del pretendido "mono-hombre" de Java llamado así por los objetos que se han encontrado cerca de sus restos. El abuelo de la humanidad andaba ya en una posición semi vertical, asegura Wells, y se valía de sus extremidades superiores para quebrar pedernales y usarlos como utensilios, "estamos y muy cerca del hombre", nos anuncia.

Sigue avanzando y 60.000 años antes de la época presente nos hace aparecer al mal llamado hombre de Neanderthal revelado por algunos esqueletos.

Los mismos darwinistas declaran que esos esqueletos no son por cierto de hombres sino de monos, por razones evidentes. Wells reconoce estas objeciones, las confiesa, pero repita la suposición de que aquel ser sabía curtir pieles rudimentariamente y vestirse y de que era inteligente aunque no era capaz de hablar; era un "cuasi hombre", dice textualmente.

¿Cómo salvar la inmensa distancia que anatómica y fisiológicamente separa este animal de Neanderthal del hombre de verdad, sin mencionar el distintivo capital de su espiritualidad que no toma para nada en cuenta Wells?

¿Cómo salvar siquiera las diferencias en la forma osea de las extremidades y de la columna vertebral y de la pequeñez del cráneo que aloja el cerebro y la diversidad radical de la piel, etc., etc?

Muy sencillamente. Nuestro novelista recurre ante todo al sistema de las afirmaciones dogmáticas que tanto le repugna en las religiones. En efecto, comienza por titular el primer capítulo en que aborda el tema del perfeccionamiento del mo-

no en su "Bosquejo de la Historia", de donde ha sido extractada la Breve Historia que circula en Chile, en la siguiente forma: "Los antecesores del hombre", y a su acápite primero le coloca el siguiente anuncio: "El hombre descende de un mono bípedo" (Man descend from a walking ape). Y para acentuar su afirmación que no puede probar, inserta en la edición inglesa una artística estampa imaginativa en colores del cuasi hombre de Neanderthal con este título: "Nuestro antepasado de Neanderthal"

Urgido en seguida en el texto por la necesidad de buscar un punto de apoyo semi científico para unir estas dos especies de vivientes y no dar un salto en el vacío, acude en ambas obras al recurso de explotar los discutidos hallazgos hechos en estos últimos años de una mandíbula de chimpancé con algunos molares "de carácter humano" y de un cráneo de mono que "parece indicar un cerebro más grande", según textuales palabras de Wells, lo que junto con algunos trozos de esqueleto "que parecían ser una reliquia de una tercera especie de hombre intermedio", entre el hombre mono y el verdadero se humano, le basta a él para dar por solucionada la dificultad del necesario ser intermedio al cual, a pesar del parecer ser que ha empleado, le fija como fecha de su existencia 30,000 años atrás de la época actual.

Este es todo el pretendido fundamento científico, del que hoy se ríe la ciencia, en que se basó Wells hace quince años para saludar en su Historia a los primeros hombres de verdad como parientes y comunes herederos del supuesto hombre mono de Java y del cuasi hombre de Neanderthal y el único pretexto que ha tenido para asegurar enfáticamente en el título de alguno de sus acápites y grabados que nuestro antecesor es el mono!

* * *

Se comprende en vista de esto que las ediciones de su Historia se vendieran en aquel tiempo en Londres conjuntamente

con las rectificaciones de filósofos de nota que eran una verdadera fe de erratas, no solo de sus capítulos de prehistoria, sino de su Historia misma, que toda ella está elaborada con igual aplomo y con el mismo elegante y tendencioso desprecio de la verdad.

El fecundo novelista no ha sabido hasta ahora responder, desde el campo meramente fisiológico, a las interminables incógnitas que deja en pié su prehistoria.

¿Cómo en seis mil años a lo menos en que existe tradición oral o escrita no hemos visto que la materia inerte se convierta en materia animada? Porque desde que hay memoria humana ninguna especie animal se ha ido superando a sí misma para llegar a otro organismo diverso en perfección. ¿Y a qué se debe el que ninguna clase de mono, ni aún de aquellos que Wells llamó inteligentes, revele ahora, cerrada la época de las suposiciones imaginativas, ni la más mínima tendencia a transformar su organismo en el organismo del hombre?

En vano podría preguntársele, por última, cómo el hombre mismo, que en esta pretendida evolución está a la cabeza del reino animal y sujeto a sus invariables leyes, no ha visto verificarse en su organismo ni siquiera aquella transformación que en una época realizaron con tanta naturalidad, según Wells, algunos reptiles saltadores que, **impulsados por las necesidades de su vida orgánica**, "fueron adquiriendo el poder de formar en algunas partes de su piel una materia liviana y resistente al viento como es la pluma, de ir alargando sus extremidades superiores, de

ensancharlas en seguida paulatinamente junto con su plumaje y de lanzarse, al fin, a volar para buscar así con más facilidad lo que su organismo necesitaba. ¿Cómo no ha podido hacer ésto o algo semejante el hombre con una contextura fisiológica mil veces más perfecta que aquellos reptiles.

Adviértase que según Wells hace como 30,000 años que el **hombre de verdad** puebla la tierra y que la rápida movilización ha sido siempre para la humanidad **una necesidad imperiosa** que es lo que constituye la ley suprema de los evolucionistas.

¿Por qué el organismo del hombre no ha revelado hasta ahora en estas clásicas condiciones, ni la más mínima tendencia a convertirse, por vía fisiológica, en un semoviente aéreo y lo vemos, desde Icaro hasta hoy, luchando por los medios externos de conquistar el espacio?

¿Quién ha podido decretar la derogación de las leyes de la prehistoria e impedir que el mono se convierta en hombre y el hombre cruce los aires como los serafines?

Misterios insondables que el atrevido novelista no sabrá jamás descifrar dentro de la absurda doctrina que él ha adoptado, únicamente porque era la única que se armonizaba con su propósito de demostrar, por simples afirmaciones y descripciones literarias, que así como el mundo y el hombre habían sido formados sin necesidad de ninguna creación divina, así tampoco necesitaba la humanidad de ninguna religión fundada en la existencia de un Dios que ordenara sus actos, que es la tesis que late al través de toda su Historia.

JUAN FIDUIS.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

"ECONOMIA DIRIGIDA"

Por Julio Philippi Izquierdo

El joven y culto secretario de la Liga Social de Chile y profesor de Economía Política y Social del Instituto Politécnico de Santiago ha dado a la publicidad un breve y magnífico estudio sobre el discutido tema de la "Economía dirigida".

Comienza el autor por hacer notar el desorden y experimentado por la economía guiada por los principios liberales, y, en seguida, se refiere a la necesidad de dotar a esta rama de la actividad humana de un principio director. Entra a continuación, a ocuparse de los procedimientos empleados en Rusia e Italia, y se detiene, por último, en forma extensa, a analizar el concepto católico de Economía dirigida. Se basa éste en los principios morales de justicia y caridad social, y ha sido enunciado por S. S. Pío XI, que señala al Estado como la autoridad encargada de mantener y hacer respetar esas normas directivas. Pero el Estado no debe imponer en forma absoluta rumbos a la Economía, sino que su intervención debe ser subsidiaria, mientras se creen los organismos corporativos. "Anno" a desarrollar tal actividad. El Estado ha de conducir, pues, a esa organización, reformando en ese sentido sus leyes y consa-

grando en el derecho todo adelanto en el orden corporativo.

"Dentro de una organización a base de gremios y corporaciones — expresa el autor, — se haría posible la justa intervención del Estado, en conformidad al principio de la subsidiaridad que dejamos más arriba enunciado. En ella, la producción no se regiría por el afán de lucro, sino que por las necesidades del mercado, encargándose los organismos gremiales de regularla, dirigir la circulación y reglamentar una justa distribución y consumo. Sobre todos los organismos inferiores velaría el Estado, libre ya de las cargas que on le incumben, coordinando los esfuerzos de todos en conformidad al bien común. Las leyes concernientes a asuntos económicos ya no serían elaboradas por representantes de partidos, por lo general completamente ajenos al asunto que se trata de resolver, ni serían tampoco aprobadas o rechazadas por conveniencias políticas del momento, sino que estudiadas en el terreno mismo, sobre las necesidades prácticas, y elevadas hasta el Poder Legislativo al través de los organismos intermedios".

Recomendamos la lectura de este interesante apúsculo, escrito en forma por demás amena y documentada ya que él dilucida a la luz de los principios católicos uno de los problemas de actualidad más palpitante.